

EL VIENTO ME PERTENECE

UN POCO

Antología de Poemas

(1972-2008)

Enrique González Rojo Arthur

Ésta es una publicación de la **Delegación Iztapalapa**
y **Para Leer en Libertad AC.**

desarrollo social@iztapalapa.gob.mx
desarrollo educativo@iztapalapa.gob.mx
www.iztapalapa .gob.mx

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Artículo 38: Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable ante la autoridad competente. Cualquier anomalía denúnciela a la Contraloría Interna en Iztapalapa al Tel: 54 45 11 51 y/o en la Contraloría General a Honestel: 50 62 22 22

® Enrique González Rojo Arthur

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Bienvenida e incitación al lector

Andrés Cisneros de la Cruz.

Tiene usted en las manos no sólo una antología de poesía de Enrique González Rojo, sino también un plano, un mapa para seguir la pista de lo que es la poesía mexicana hasta donde la conocemos. Si seguimos al conejo de la curiosidad, nos guiará por túneles que desembocan a finales del siglo XIX cuando la poesía nacional empezaba a dar formas propias, a gestarse como resultado de un contexto geográfico y cultural, y no como herencia a secas de una Europa barroca, realista, romántica, o ya en el siglo XX, surrealista.

Enrique González Rojo nace en 1928, en plena consolidación de la poesía en México, cimentada en el modernismo de autores como Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y Enrique González Martínez, quien más adelante dio pauta a poetas más jóvenes como Ramón López Velarde, y el denominado *grupo sin grupo*, que se inclinó en un principio a imitar la escuela europea, Los Contemporáneos.

González Rojo propuso junto con tres poetas más, alrededor de 1950, una teoría en torno a la forma de pergeñar poemas. No sólo una máquina hacedora de versos como la de Machado, sino una forma lógica implícita, aunque no explorada, en el poeta de concebirlos. Esta teoría es sólo la punta de lanza de

todo un pensamiento profundo y agudo que existe detrás de cada letra escrita por un poeta que no se conforma con ver la escritura como el acto, donde necesidad se entiende como hambre; sino donde necesidad se entiende como urgencia de existir, donde humanismo es raíz para formar la posibilidad de seres autogestivos, es decir, que puedan construirse a ellos mismos.

Rafael Xalteno López escribe en un ensayo sobre la condición humana en la obra de González Rojo, que “no puede rotularse su producción intelectual, como resultado del trabajo del filósofo, político, poeta o científico, fragmentariamente concebidos [sino que] hay una unidad indisoluble; unidad compleja (...) que nos obliga a intentar un atisbo a la obra de un pensador original cuya mirada es universal. Si la poesía gonzalezrojana humaniza su científicidad rigurosa, su filosofía da el matiz humanista al conjunto de su obra”.

Enrique González Rojo es un poeta que desde la trinchera de la palabra, resultado del pensamiento y ejercicio de la inteligencia, ha consolidado la brecha que abrieron a principios del siglo XX los poetas que sembraron el árbol que ahora camina cantando con notas frutales y da color a una poesía, que por momentos temían los poetas, fuese a ser simple resultado del modernismo anglosajón o el surrealismo francés, o de cualquier bella iniciativa de poetas europeos o latinoamericanos. Su manera de ejercer

el lenguaje coloquial, acentúa el simbolismo de cada palabra escrita en el aro de fuego que es un poema, y nos da como resultado textos que parecieran tapices arrancados de ésta, nuestra realidad mutable; lienzos capturados por un ojo reflexivo, y trazados a manera de parábola o lección de vida.

Esta antología recopila obra de las diferentes etapas del poeta a partir de 1970. No aborda su primera época, donde en su poemario *Dimensión imaginaria*, apareciera un bosquejo de la teoría poeticista, que anunciaba ya la firme intención de influir en las letras de forma permanente; los argumentos poéticos no apuntaban a ser un pincelazo para disimular las ojeras, o retoque de labial para dar color al hambre.

Tampoco era la intención de González Rojo la de hacer fanfarrias étlicas o enarbolar banderas para ensalzar un “movimiento” como se ha denominado a los sucesos que cambian el sentido o el fondo de la concepción de la vida. Rojo concebía en ese primer libro un estilo que se ha desarrollado a tal grado que su obra hoy es resultante del proceso de pergeñar la poesía desde una lógica que responde al mundo interior en conflicto con la vida, es decir, lo que fuera de él existe como resultado de sí mismo. En este libro que sostiene usted hay golpes de pensamiento, puños cargados de emociones intensas. Encontrará un laberinto al cual se le pueden borrar muros para generar entradas a otros sitios; también encontrará monstruos que son mariposas sobre su espalda.

El viento me pertenece un poco

Pequeños detalles, que si es observador, seguro harán que su mente vea cosas que antes no había visto, ni sentido. Tener ideas que no había pensado.

Tiene usted en las manos un libro que guarda puertas, pasadizos secretos, preguntas a quemarropa, luces que dan vida a la oscuridad, y puede ser que de pronto, entre los muros de las páginas, en las ventanas que son letras, vea al conejo que huye para esconder el secreto del truco que permite a usted disfrutar y por supuesto sufrir el acto de magia que es la poesía. En esta antología lleva usted un antídoto, que tendrá que buscar, aquí, en la casa interna, en este jardín, digamos, de un poeta que no sólo embelesa, hipnotiza o convence llanamente al lector de una verdad; no, sino que incita, provoca, llama a dudar; clama por la duda como pan de existencia.

Luego empuja a sentir (pues como buen filósofo nos involucra en toda una teoría para practicar la inteligencia, y encaminarnos en marcha fantástica (oh, paradoja) hacia la concreción, en donde el humano siente, quiere, duda, luego existe. Y existe, luego siente, quiere, duda. González Rojo concibe la creación poética como un engranaje (secreto, mas no divino) del discernimiento humano; la lógica poética como un argumento para desarticular la tantas veces evadida responsabilidad del poeta y el humano, no sólo con su tiempo y sus letras, sino consigo mismo.

Y de ese modo ovular la célula embrionaria de una sociedad posible, en donde ahora sí, los poetas,

Enrique González Rojo

conscientes del peso de su palabra y de sus actos, no vuelvan a ser expulsados de la República de las Ideas.

Bienvenido.

EL ENTIERRO DEL ÁNGEL CUSTODIO

*Sé muy bien que jugar era nuestro único
mandamiento.*

Pessoa.

Tras de mi nacimiento,
saltando con mis células, creciendo,
pude ascender al punto
en que oyendo las voces del camino,
los murmurios finísimos de un polvo
que empezó ya a medirme la jornada,
me solté a caminar de muy pequeño.
Recibiendo regalos de estatura
cada vez que un cumpleaños celebraba,
estuve mucho tiempo
sin aprender a hablar, hasta que un día
pude al fin colocar los explosivos
de mi primer vocablo en el recinto
de todo mi silencio y desde entonces
hablo hasta por los codos de mi pluma.

Para espigar mi sueño
mis padres pretendían arroparme
con canciones de cuna;
mas yo era tan melómano que todas,
me acababan meciendo
irremediabilmente en el insomnio.

El viento me pertenece un poco

Poco antes del ocaso
me aguardaban los cuentos,
que escuchaba embebido
sin que me pestañeara la atención,
hasta que me volvía
a escuchar de la almohada “había una vez”
y entregarme al pausado parpadeo
del acto de dormir y despertar.

A veces me sentía
triste, sin protección, como si hubiera
asistido al entierro
de mi ángel de la guarda.
Otras veces me hallaba tan alegre
que me iba a repartir a domicilio
pedazos de alborada,
poemas de Neruda,
alcancías repletas de miradas
para que fueran rotas al momento
en que brota el crepúsculo.

Si estaba fastidiado,
no sabiendo qué hacer del tiempo vivo,
sacaba de mi caja de juguetes
la espada de madera, las canicas,
alguna vez un oso
del tamaño de Dios,
a quien le dije todo, en la confianza
de que la indiscreción no es de peluche,
o también el cuaderno, mi perpetuo

astillero de naves que bogaban
con su tripulación hecha de tinta,
o fábrica de aviones
que arrojados al aire,
en propulsión de mano,
hacían que planeara la belleza
hasta que aterrizaba a la mitad
exacta de mi júbilo;
tomaba los soldados, las batallas,
el trompo y su mareada cantinela,
los coches de latón, las travesuras.
Mas debo confesar que las sacaba
con temor, porque nunca olvidaré
que al nacer asfixiado, la primera
de todas mis maldades,
me dio la comadrona
mi cuota de nalgadas correctivas.

Cuando el viejo maestro
—que en mi palma medía, con su regla,
cualquier incumplimiento— me arrojaba
a la tarde leprosa de una eterna
tarea, me sentía desterrado,
teniendo por grilletes los rincones
de la alcoba de estudio en que lloraba
de la pluma a los ojos,
en un país de verbos, capitales,
y la raíz cuadrada de mi tedio,
país de la aritmética y su exacta
sustracción estadística del hombre.

Mejor era ir al parque,
colocarse a la sombra de algún juego,
sorprenderle sus nidos al fastidio
y cambiar municiones y agonías.
O llamar a aquel hombre
que iba con su majada
de algodones de azúcar —como nubes
que nos hacían lluvia ya la boca
y ataba sus corderos de colores
cada uno de una estaca
para ser trasquilados a mordidas.

Cuando cumplí dos lustros
dejé de musitar esas palabras
que se hallan de rodillas,
como primera piedra de algún templo;
comprendí que la fe no es otra cosa
que clavar en la tierra un espejismo,
para que nunca pueda evaporarse
al calor de los pies que traen consigo
la esperanza insolada.

A partir de ese instante
no pude ya creer en otro mundo:
adentro de mi cráneo, los milagros
de Jesucristo fueron también crucificados;
y no entendí hasta entonces
que no hay en las obleas más deidades
que el envinado dios de la cajeta

o que el agua potable
es el agua bendita ciertamente.

Llegué a esa conclusión
jugando a las vencidas con la duda,
hasta que ya después, sobre mi torre,
a campanada en cuello repicando,
llamé, con cierto gozo, a misa negra,
y tuvo el Anticristo de la nada
su más seguro fiel en mi persona.

Yo ignoraba, de niño, que son sábanas
lo que tan sólo batan
al volar las cigüeñas.
Pero la pubertad, con mi nodriza,
provocaron en mí
la resuelta erección de un nuevo mundo.
No pude conformarme, desde entonces,
con brindar mis caricias al estanque
donde algunas mujeres se bañaran,
y buscar codicioso, a toda mano,
el rebaño de senos del oleaje.

En fin, entre las fotos
de mi álbum familiar, una conservo,
ilustración perfecta de esa época,
de los frecuentemente extravertidos
senos de mi niñera.

El viento me pertenece un poco

La más dulce lección de geometría
que en mi vida he tenido, se la debo
a que ella, cierta tarde, tacto a tacto,
pasó a confidenciarle sus caderas
al más pequeño Enrique.

EL PÉNDULO

Ha triunfado otro ay.

Vallejo.

No he de decirlo todo; pero creo
que hay que sacar a veces los trapitos
al menos a la luna.

Explicar
que al momento
de encontrarme
haciendo el inventario de mis llagas,
me regalas presentes imprevistos
como el radar que opera detectando
el vuelo de los ángeles,
o el elefante aquel, color de niño,
que juega pisoteando las cajas de pandora.

Relatar
que al hallarme feliz,
calculando
los millones de células
de tu cuerpo,
de que soy propietario;
feliz hasta creer
que debiera amarrarme a una sirena
al escuchar el canto de los mástiles,
entonces me regalas un desierto

El viento me pertenece un poco

y me robas el agua
haces que me circulen hormigas por las venas,
que mi cuerpo se vuelva el paraíso
donde nace
la primera pareja de alacranes,
que mis órganos gruñan convertidos
cada uno en una bestia diferente.
Pero entonces
caminas a tu armario
y tomas el estuche donde guardas
la mejor
de todas las caricias.

Y otra vez en la luz, sin parpadeos,
sin un solo relámpago de sombra,
a dos manos tomado del orgasmo.
Hasta que de repente me conduces
a tu nueva mansión edificada
en un fraccionamiento construido
a mitad del carajo.

En el flujo y reflujo de este péndulo
(que en su inconstancia empuja
mi corazón metálico de izquierda
a derecha en la entraña)
navego exactamente en el sentido
contrario al que olfatea el viejo lobo
de mar de toda brújula.

¿He de ser prisionero

de este vaivén sin fin hasta el instante
en que ya la agonía
desanude
la luz de mis pestañas
y epitafie el recuerdo
mi irremediable ausencia que se inicia?
No sé. Pero al llegar a estos renglones
abandono la pluma porque ayer,
habiendo ya fletado
un carro de mudanza
para todos los sueños
que me fueron creciendo aquí a tu lado,
todo cambió de pronto
y corrió hacia tus ojos
desempacando besos y caricias.

**NO ES POSIBLE ENTRAR DOS VECES
EN EL MISMO RÍO.**

No es posible derramar dos veces el mismo lloro.
Los ojos peregrinan, con el tiempo bajo el brazo,
hasta ser un asilo de dos niñas
ancianas

Centellean su eterna distinción con el pretérito,
tomándole instantáneas a la nada
cada vez que al pestañear nos dejan ver
añicos de la muerte.

Eternamente nuevas, las lágrimas
redondean segundos
para hacer una clepsidra de aflicciones.
Hasta es factible a veces
oír el delicado tic tac del parpadeo.

Imposible vivir dos veces en la misma carne.
Y esto lo sabe bien el que, aunque no es un anciano,
sí es un hombre de cierta edad,
entrado ya en nostalgias.
Y también el que carga la inscripción en cada palma
de tan prolongada línea de la vida
que desborda la mano y se le enmaraña
en todas las arrugas.

Las manos habitadas empiezan a inquietarse
y su tranquilidad se les llena de hormigas.
El viejo sólo empuña firmemente,
como un pez apresado,
un temblor incesante
que resulta incapaz de sacudirse
la pátina numérica del tiempo.

No es posible besar dos veces la misma boca:
hasta Penélope,
que tejía su fidelidad todas las noches,
que, al sustraer su cuerpo en mil maneras
al tacto pretendiente,
recorría asimismo su odisea,
y obtenía en su lecho,
abrazada a la ausencia de su esposo,
el orgasmo espiritual de cumplir con la palabra
empeñada,
le entregó a Ulises,
cuando éste pudo tomar al fin
a la Itaca más íntima de la boca conyugal,
diferentes labios, sonrisas extranjeras,
senos acuñados en distintos moldes,
piernas que envejecieron no sólo en las rodillas.

No podemos cantar dos veces la misma copla.
Ni el disco se nos raya en algún punto,
como una idea fija de sonidos,
para trazar en él
el signo circular

El viento me pertenece un poco

de lo perpetuo.

No es posible cantar la misma copla.

No es posible acariciar dos veces los mismos pechos.

Ni acurrucarnos en sus círculos
pensando que nuestra eternidad
tiene pezones.

Si se exigiera hacer su biografía,
desde el punto en que les ponen las manos del deseo
sus corpiños de tacto,

cuando hay alguien que sufre
dos senos de temperatura,
al día en que la leche se les curva

y ponen en la encía de su niño
la dentición licuada de lo blanco,
tendría que decirse:

cuando niña,

a la mujer se le diluyen

en la indistinción de sexos de su tórax;

adolescente,

salen en busca del tacto

y abandonan

la unidad de su pecho de pequeña

a favor del dualismo que adivina

que las caricias se hacen a dos manos.

Cuando anciana, advendrá

un deshielo de senos

como alforjas despojadas ya de todos los años por
venir.

Y eso nos hace ver
que no es posible acariciar dos veces idéntico placer
si sabemos
que el tiempo está palpando la epidermis,
esculpiendo su vejez a fuerza de caricias.

No podemos jugar dos veces al mismo juego.
Yo no pude lograrlo
al jugar, cuando niño, al escondite,
juego en que me escondía hasta perderme.
Ni pude conseguirlo
con aquella peonza que giraba en la palma de mi
mano
como una paloma en torbellino
que picoteaba ahí su equilibrio.
Ni lo alcancé tampoco
cuando, en el ajedrez, que se rodea
de una atmósfera que huele a pensamiento,
advierto que de pronto
soy un alfil más inteligente que tú,
tiendo republicanas trampas a tu reina
en el tablero de batalla,
y salgo triunfante en una lucha
en que la meditación
fue mi pólvora.

El hombre que frente al reloj
recuerda su trayecto,
se lanza la memoria a las espaldas,
se desanda a sí mismo hasta que advierte

El viento me pertenece un poco

la raíz
de esa flor de tic tac que es el presente,
sabe que no podemos entrar dos veces en el mismo
río.

Nuevas aguas ahogan las pasadas,
del pretérito oleaje ya no queda
sino un débil recuerdo, en vías de esfumarse,
prendido como náufrago a la astilla
que perdura del barco sumergido.

Dos veces no podemos.
No existe una sola ancla, con su puñado de tierra
firme,
frente al fluir del tiempo
y las cuentas de no acabar de su rosario.
Y en el caso de haberla
no sería dos veces la misma ancla,
pues el reloj desborda
sólo momentos irrepetibles
que dejan la grabación efímera en el viento
de sus huellas digitales.
No es posible entrar dos veces en el río
porque, con sólo mojarse,
mi cuerpo es unos segundos
más viejo que antes era,
y siento que, fugaz,
la espuma a mi cabello lo deja encanecido.
Dos veces no es posible entrar al agua
aunque el reloj, mojado, se nos pare
fingiendo una escultura de lo eterno.

Ni es posible tampoco
porque cuando después
el baño se abandona,
la arrugada vejez que hay en las yemas
muestra que hemos sumergido las manos en el
tiempo.

No es posible leer dos veces al mismo Heráclito.

VIDA Y OBRA DEL ESPACIO

No es verdad que el espacio
sirva como lugar en que se citan
oquedades, rendijas, intersticios
celebrando el congreso de la nada.
No es el telón de fondo
donde hay algo que salta y representa
ademanos de ser, gestos de cuerpo.
No es tampoco un vacío donde aflore,
con el sólo habitante de la asfixia,
el único rincón en que la historia
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen,
sumándole agujeros a su hueco,
hasta la edad madura del abismo
—donde está siempre el vértigo asomado—
o hasta esbozar un ámbito que abarque
desde tu boca abierta hasta los cráteres
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito
—logrado al presentar el pasaporte
que goza de la visa de la entrega—

extradita sus límites y acaba
con el crónico mal del que adolecen
las naciones, enfermas de frontera.
Hay espacios ya graves: el derrumbe
que amenaza la mina lo demuestra.
Hay espacios que nacen, viven, crecen:
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,
a un paso ya muy niño de la muerte.
Modelado de historia y de materia,
el espacio requiere de su biógrafo
que arroje las leyendas y lo trate
como hermano de todos en el tiempo,
nativo del gerundio y compatriota
de todo lo que se halla,
si olvidamos la efímera existencia,
a una cuna tan sólo del sepulcro.

PREMAMUTUARIO

Para Carlos Illescas

En el tiempo primario,
antes de que, trinando, ese llamario
convirtiera la rama en ramarada;
antes de que en su lomo el jorobario
cargara agua estancada
para esperar la sed que se renueva
de cuando en vez en medio de la cueva;

antes de que transforme
el hombre a ese murciélago inocente
(al temor yugular que ante él se siente)
en el sangriero enorme,
enorme y repelente,
que gusta continuar con dos hilillos
rojos la brevedad de sus colmillos;

antes de que la hurtaca, que conspira
por hacerse de vidrios, de carretes,
cáscaras de limones, rehiletos
en que el color, mareado, se retira,
transformara su nido en nido fuerte,
donde está toda suerte

de cosas que convierten en más rico
este pájaro que otros por un pico;
antes de que la mano, con su caña,
realizara la hazaña
de pescar los más grandes tiburones,
y a cuchillo, con saña,
haciéndolos jirones,
al agua los tirara nuevamente
formando en cada trozo una piraña,
brizna de tiburón que hinca su diente
en la miedosa carne de la gente.

Antes de que en el campo y en el monte,
si vamos desde atrás hacia adelante,
se hallara el vastodonte,
la fuente primordial de esos raudales
de genes colosales,
padre del elefante
que irá en la evolución de los trompales
—emefante, enefante y esefante—,
sin dejar de ser nunca el grandefante
haciendo, a la pisada con que yerra,
que retiemble en sus centros nuestra tierra.

Antes de que luzigres de Bengala
sirvieran de pacíficos tapetes
a mitad de la sala
y la pared realce
la percha para asombros del cuernalce.

El viento me pertenece un poco

Antes de que nacieran asconetes,
floriposas, chispiérnagas, muerderros,
que plagaran los campos y los cerros
de Indonesia, de México o de Italia
de toda la animalia
que supo imaginar naturaleza
y arrojarla a los bosques, la llanura,
perdida, la maleza
gruñe lo verde en la espesura
en fin, la gota de agua pura.

Sólo cosas había en los umbrales
del mundo. La materia
sufría en aquel tiempo una miseria
completa de animales.
La bestia hoy enjaulada
en el parque zoológico,
tenía, de abuelárbol genealógico,
el roble de la nada,
brillante no de flores sino ausencia.
Si se hubiera instalado
(como punto final de la presencia
del mundo inanimado)
de “la blonda avecilla” el cuerpo alado
(la abeja en los panales de Ronsard)
en medio de las cosas, en la desobediencia
de la ley natural,
brotara en todas partes el escándalo,
la infracción promovida por el vándalo
que hubiera, con su caos, invadido

el imperio romano dominante,
y cundiera al instante, la sorpresa, el sinsentido,
si en las cosas la mente hubiera sido.

Sólo cosas había. Sólo cosas.
Sólo cosas lucía ese momento.
Tierrañas que se erguían impetuosas
tratando de llegar al nubamento;
jugones que introvierten como cuitas
su milagrio de perlas exquisitas;
bellísimos tierrajes
que cambian de estaciones y de trajes
como el que con su prisa
se monda fácilmente la camisa;
blancatracas de luengas, amarillas,
ancestrales historias tan sencillas
como aquella que cuenta la conseja
de que, si se le deja,
esta flor que se excita y que se turba
en su dorado rayo se masturba.
Aquí no hay quien cerebro lo que ocurre,
no hay abiertos mirárpados al cielo
o al pequeño friachuelo
que discurre
sus inéditas aguas en el suelo.
Aquí no hay ojos, manos ni noticias
de futuras tacticias
que dejarán la piel embelesada.
Aquí no está a dos pies encaramada
la pregunta por todo,

El viento me pertenece un poco

la inquisición consciente por el lodo,
la esbelta titilante,
laguna vez el agua vacilante.

Aquí no hay quien cerebre el universo,
ni siquiera ha nacido el primer verso.

HORMIGA Y APARTE

En *El origen de las especies* de Charles Darwin,
London, 1859, p.374, podemos leer este pasaje:
las hormigas,

marchando en fila india,
recuperan los puntos
que conforman una línea.

Una hormiga roja,
abandona, de repente, la fila,
su instinto,
la ley natural.

Y al hallarse sola,
descubre las paredes y ventanas del yo.
¿Qué soy? se pregunta,
y en el lenguaje nervioso de las hormigas rojas
dice: soy un yo.

Yo, entonces, se acerca a una laguna
para contemplar la cara
de alguien que es, al fin,
consciente de sí misma.

Una hormiga negra,
negra como la lágrima de un ciego,
pequeña,
emperifollada con el moño de su sexo,
abandona también su fila,

El viento me pertenece un poco

el trocito de ciencia en que vivía,
se dirige al mismo estanque
y descubre en la mirada de *Yo* su nombre.
Se llama *Tú*.

Tú y Yo,
tomados de la mano,
se empiezan a dar obsequios:
briznas, raíces, letras,
el ensayo fugaz de una sonrisa,
y hasta sienten el deseo
de darse enteramente
demoliendo los muros que protegen
a los pronombres.
Abajo de una hoja seca
hallan su primer beso
y el principio de identidad...

Y en eso están, así, cuando de pronto
llega el oso hormiguero
y el idilio, carajo, se devora.

LA ALTERNATIVA

Tan sencillo como esto:
vivir indignamente entre algodones
(que llegan al oído
para tapiar al yo, para dejarlo
sin nexos con el mundo),
con la cuota de besos de la madre,
los hijos y la esposa,
con los pulmones llenos del incienso
de la gloria oficial,
o vivir dignamente en la tortura,
en la persecución, en la zozobra,
con la tinta azul cólera en la pluma.
Tan sencillo como esto:
ser Martín Luis Guzmán o ser Revueltas.

PREHISTORIA DEL PUÑO

En un tiempo yo fui, lo que podría
llamarse una persona
decente.
Buena educación.
Eructos clandestinos.
Modales aprendidos con metrónomo.
Y un cajón rebosante de dieces en conducta.

Pero un día,
ante los golpes de culata,
las ráfagas de párpados vencidos,
el furor lacrimógeno,
me nació un inesperado
“hijos de puta”.

Se trataba de mi primer arma,
de un odio que a dos pies
cargaba la sorpresa de su propio nacimiento.
A partir de entonces,
dentro de mi gramática iracunda,
dentro del diccionario en que mi cólera
se encontraba en un orden alfabético,
disparaba palabras corrosivas,
malignas expresiones que eran áspides
con la letra final emponzoñada.

Pero yo me encontraba insatisfecho.
Ningún hijo de puta
corría hacia su casa, ante mi grito,
para zurcir el sexo de su madre.
Mis alaridos eran inocentes,
inofensivos eran
como besos que Judas ofreciese
tan sólo a sus amantes.

Ante eso,
pasé de un insatisfecho “cabrones”
—pólvora humedecida por mi propia saliva—
una pequeña piedra,
el pedestal perfecto de mi furia,
la lápida mortuoria que encerraba
la pretensión guerrera de mi lengua.

Y ahora, en la guerrilla,
mientras limpio mi rifle.
recuerdo cuando yo era, camaradas,
lo que podría llamarse una persona
decente.

LA CLASE OBRERA VA AL PARAÍSO

Una vez me enamoré de una trotskista,
Me gustaba estar con ella
porque me hablaba de Marx,
de Engels, de Lenin,
y, desde luego, de León Davidovich.
Pero, más que nada
porque estaba en verdad como quería.
Tenía las piernas más hermosas de todo el
movimiento comunista mexicano.
Sus senos me invitaban
a mantener con ellos actitudes
fraccionales.
Las caderas, que eran pequeñas, redondas,
trazadas por no sé qué geometría lujuriosa
lucían ese movimiento binario
que forma cataclismos en las calles populosas.
Un día, cuando
me platicaba que:
“Lenin había visto con lucidez
que la época de los dos poderes llegaba a su fin”,
yo le tomé la mano;
ella continuó:
“pero el problema básico
era la concientización de los soviets”.
Yo no despegaba los ojos de sus senos.

Un botón de audacia —meditaba—
Y me vuelvo un hombre rico.
Y ella proseguía:
“había que reforzar el papel de la
vanguardia”.
No me pude contener
y la estreché a mi cuerpo
con la boca de cada poro mío
buscando otros iguales en su carne.
Y ella: “Lenin había previsto que ...”
Y yo atacué el botón de su camisa
y me puse a jugar con la blancura.
Y mi trotskista, con la voz excitada:
“los mencheviques estaban
en minoría ya en los consejos”.
Y yo, con decisión,
le fui subiendo poco a poco la falda,
como quien deja de hablarle de usted a un ángel.
Se hizo un silencio.
Un silencio para disfrutar
del pequeño burgués abrazo que abre
la toma del poder por el orgasmo.

EN PIE DE LUCHA

Eduardo, Guillermo, Jaime
¿recuerdan cuando fuimos terroristas
y armábamos el delicado mecanismo
de explosivas mentadas de madre
para ponerlas en lugares claves
del sistema?
¿Recuerdan cuando, con Pepe,
con la boca cosida por el mismo propósito,
levantamos una barricada de hambre?
¿Recuerdan nuestra fiebre clandestina,
el salir a una junta
poniéndonos el traje, la bufanda y el seudónimo?
¿Recuerdan nuestros puños
—opuestos siempre al asco—
discutiendo por las noches
hasta el advenimiento del nuevo día,
hasta que los arroces de la penumbra
eran picoteados por los gallos?
¿Han olvidado acaso las reuniones,
las órdenes del día
en que el sueño era el Presidente de debates?
Se dice que tan sólo
la sangre juvenil es subversiva,
o que la adolescencia,
con su chorro de tiempo tan exiguo,

no moja aún la pólvora
del furor; pero dícese que ello es transitorio,
que ha de venir el día
en que sienten cabeza las neuronas
impulsivas;
se dice que la edad,
con su telaraña de canas,
toma preso y devora
el tábano rebelde de otro tiempo.
Se habla de ingenuidad,
de muchachos utópicos y anémicos
que formaban brigadas o círculos o células
de glóbulos blancos.
Se habla de castillos
formados con la arena de fantasmas
que a la incredulidad se desmoronan.
Se cita
la escasez lamentable de mazmorras
que hay en los manicomios.
Pero Eduardo y Guillermo.
Pero Jaime.
No quiero,
no, no quiero la cordura.
En vísperas de ser por las arrugas
invadido,
no quiero, mis amigos, encontrarme
con los pies muy bien puestos en la tierra
de la lógica.
Sueño, mis camaradas,
que hasta el último instante,

El viento me pertenece un poco

mi voluntad aún halle la forma
(contra mí, mis arrugas, mi cansancio)
de levantarse en armas.

EPIGRAMARIO

1

Ayer, amada mía, pecho adentro
te enterré en la rotonda
de mis sueños ilustres.

2

Hoy me desperté
crudo, mujeroso.

3

No digas nunca
de esta mujer no beberé.

4

¿Recordarte
cuando me dejaste
tan mal sabor de alma?

5

La poesía sucia
se lava en casa.

6

A una alumna,
llamada Alicia,

El viento me pertenece un poco

la llamo yo,
al verla tan hermosa, tan deseable,
Alicia en el país de sus propias maravillas.

7

En el castillo, amada, levantado
por los dos, tengo miedo
del triángulo que formamos
nosotros y el fantasma.

8

En esta América nuestra, poetas,
hay que hacer
hasta canciones de cuna de protesta.

9

Mujer: todo salió a pedir de tacto.
Mas desde hoy nos veremos
sólo de vez en boca.

10

Sin volver la mirada, te fuiste lentamente,
enfermando de cáncer el espacio.
De reajo logré verte por último
escupiendo las letras de mi nombre.

VA DE PASIÓN EN FONDO POR LAS CALLES

Va de pasión en fondo por las calles
alineada la masa. Pasa en ellas
su tráfico iracundo. Cada gente
hace un mínimo cráneo con su mano
para poner en él
su incipiente conciencia proletaria.
Avanza cada frente
con su breve pancarta de coraje.
Aunque en medio del río
pretendo ser la gota que conserva
la conciencia de sí,
me uno al coro de voces que da forma
a ese canto que luce finalmente
borradas las fronteras de los himnos
nacionales. Los gritos y las porras
nos hablan de una isla,
de un territorio libre en la esperanza,
de un descubrir aquí en el Nuevo Mundo
de nuevo el Nuevo Mundo.
En medio de esta turba,
donde un furioso verso es cada hilera,
cada grupo una estrofa,
la manifestación una poesía
de Neruda, Hikmet o Maiakovski,
que ha ganado la calle,

El viento me pertenece un poco

me pongo a recordar, y se me viene
a la memoria el tren, el tren de carga
—atestado de espíritu rebelde—
de manifestaciones ferroviarias
que le daban al zócalo el carácter
de estación terminal. Y se me viene
al recuerdo la masa
de estudiantes, maestros, que soñaban
que una bandera roja,
con audacia alpinista,
sobre la Catedral se enseñoreara.
Y se me viene aquí, justo a la angustia,
la célula con Pepe, con Eduardo,
el breve caracol en el que pude
sintonizar un día
el rumor del Mar Rojo que se acerca.
Y entonces se me viene
todo el sesenta y ocho a la cabeza.
La manifestación hecha en silencio,
en que sólo podían descubrirse
los puños en voz alta.
La manifestación que se diría
guardaba ya minutos de silencio
por las futuras víctimas. Recuerdo
Tlatelolco. Recuerdo
mis amigos y alumnos y recuerdo
el permanente mitin de sus tumbas.
Y en medio del recuerdo caigo en cuenta
que quizás a la vuelta de la esquina
puede encontrarse el monstruo,

el monstruo lacrimógeno, la fiesta
de las balas del monstruo. Pobre México,
invadido de Díaz y de Díaz,
presas de hordas de Díaz. Pobre México.
En tu bandera luce
un monstruo devorando una serpiente.

PROGRAMA DE VIDA

Nacer profundamente irritado.

Gritar de tal manera
que todos se vuelvan hacia el grito
buscándole su pedestal
de lobo.

Hacer que por los labios entreabiertos
se fugue del pulmón en llamas
la vocal militante.

Ensayar muy pronto los primeros pasos
para aprender a pisotear los insectos
que lanzan pequeñas tarascadas a los talones.
Concebir en la cuna nuestro primer proyecto
subversivo.

No dormir en la almohada
(donde anidan los más tibios ademanes maternos)
sino acurrucarnos en nuestro propio puño.

Apachurrar las lágrimas
entre el dedo pulgar y el índice.

Hallarse preparado en todo momento
para desenfundar nuestra mejor injuria,
cortar cartucho y pasear los ojos
por un jardín de pulsos extraviados.

Buscarle la espinilla a los dioses.

Poner,
desde pequeños,

a nuestro oído en guardia
contra todo
canto de sirena y variaciones.
Desoír la varita de virtud,
sus tristes erecciones.
Rechazar el noviazgo que nos pone
las primeras esposas en las manos.
Luchar a sangre y sexo.
Escribir un epigrama que genere
cuarteaduras en los muros
del partido gobernante.
Pero no confiar demasiado
en las virtudes catastróficas de la lira,
en la toma del poder por los endecasílabos.
Buscar pacientemente en cada cuerpo
el punto en que se esconde la ternura.
Darle piel abierta a la caricia.
Organizar una manifestación
que corra, tumultuosa,
a escuchar en el zócalo un recital
de poesía.
Contemplarse las manos,
a la hora de morir,
y pensar en las obras
firmadas por sus huellas digitales.
No tener temor a la muerte.
Enseñar a los cojones a deletrear el infinito.
Morir tranquilo, en fin, tranquilo.
En paz, serenamente,
si se está convencido

El viento me pertenece un poco

de haber colaborado
con un grano de pólvora
al bendito desorden que se acerca.

PREPARA YA LA CÁRCEL

Para Alicia Zendejas

Y me dije:

hazle señales de humo con incienso,

extiende, con la red,

el amargo panal de la emboscada.

Súbete, pero ya. Llega a la altura

en que pastan las nubes

la vecindad hojosa de la tierra.

Colócate una antena por si acaso

viene con los disfraces de la música

o con las variaciones

en que el tema inicial fuera el silencio.

No olvides los cordones.

Prepara ya la cárcel. Toma. Baja

la mano hasta alcanzar (haz un esfuerzo)

la colección de muros del candado.

¿Qué pasa? Salta, muévete.

Por favor no te quedes con los brazos

tan ciegos como un nudo.

¿Que la red se encontraba agujereada?

¿Que pasó a una distancia desdeñosa?

Se trataba, carajo,

del ángel de las siete treinta y cinco

que se había salido de su ruta.

EN EL ORDEN DEL DÍA

Que ya no puedes más, que ya tus hombros
no soportan el bulto del cansancio?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que están, dentro de ti, desmoronándose
tus músculos más firmes

como un reloj inserto en las entrañas?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que te invade la sed, que sufres hambre
y tu estómago empieza a enloquecer,

a tañer su campana de vacío

para llamar a mesa y a manteles

que digan pan al pan y al vino vino?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que temes la tortura?

¿El duelo de la sangre y las ideas?

¿Que se acerque el esbirro

a buscar en tu piel planes y sueños?

¿En tu alarido el nombre de tu hermano?

¿Alguna dirección en tus testículos?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

Hay que ser partidarios de la tesis
del odio permanente.

Hay que hallarse sin tregua

con la iracundia al hombro

para estar algún día en pie de paz.

Ni modo, camarada.

Cansancio, hambre, temor, qué significan
para el que ha decidido,
con su cincel en mano,
levantar la escultura de su grano de arena.

EL HEREJE

Homenaje a W. Reich

En un tiempo fui parte
de la fracción erótica
del Partido Comunista.
Era un partido dentro del partido
como un ciego que se esconde en una gruta,
un águila en el águila del viento
o unos labios cerrados en mitad del camposanto.

Todos mis documentos,
clandestinos,
disfrazados de puertas clausuradas,
concluían:
“¡Proletarios y proletarias de todos los países, uníos!”,
y denunciaban las razones neuróticas
por las que a veces
la hoz no se acostaba con el martillo
o gusanos generados en el lecho
devoraban la manzana
de los puños.

Mis principios:
que las bocas dispersas
(que hacen una antecámara

de besos suspensivos) cierren filas,
trituren el espacio mojigato.

Que al avanzar la piel, levante vuelo
la parvada de corpiños temerosos;
que nadie note, no,
la militancia reservada
de tus malas intenciones;
que sea tu estrategia conquistar,
en medio de las sábanas,
el frente unido,
tu táctica formar en la epidermis
una asamblea de poros excitados,
un mitin en que el sexo se levante
y tome la palabra.

Se reparó en mis actos fraccionales,
en mi pasarme los días amueblando
catacumbas.

Se me buscó de arriba
(como si preguntara alguna cúpula
por uno de sus sótanos)
para contarme cómo Giordano Bruno
—la verdad convertida en laberinto—
terminó por ser pasto
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,
se insistió en que debía retractarme,
y que en el árbol de la noche triste

El viento me pertenece un poco

de mi arrepentimiento
se ahorcaran mis palabras.
Sin esperar al Congreso
se decretó la expulsión de la libido...

Y yo,
sin mi carnet,
como si se dijera
que se le sale a uno de la bolsa
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado
de mis entrañas.

II

También fui yo colega
de ese tipo de médicos que tienen
a neuróticos espermatozoides
por pacientes.
Los ilustres doctores
(barbas, lentes, sentados
en el muelle sillón de la ortodoxia)
hablaron de espionaje, murmuraron
que no era mi monóculo otra cosa
que un ojo en su corsé de cerradura,
denunciaron mis escritos
como, por lo menos,
el relincho del caballo de Troya
o un puñal que flirtea con la espalda.

Yo hablaba
de que el enemigo principal

era el sexo reprimido,
tapiado en su bragueta moralista;
le hablé directamente a los testículos;
invité a discutir a los ovarios.
La solución (decía,
sembrando el descontento en mis colegas)
no se halla en el sofá sino en la cama,
Es una estupidez (grité furioso)
permitir que tu sexo
doblegue la cerviz en la impotencia
o que haya en este siglo todavía
virginidad de orgasmos.

Algo especial:
hurtarle los secretos a la cama,
dominar el amor desde el inicio
hasta el final feliz;
no sólo el arma de la crítica debe convertirse
en la crítica de las armas,
sino el principio del placer
en el placer del principio.
Todo debe empezar con algún beso
que al haber estallado a quemarropa
derrita la camisa y el corpiño
o que deje en los pies que se haga un charco
de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.
Se me exigió asimismo desdecirme
y desandar cada uno de mis libros.

El viento me pertenece un poco

Con la espada flamígera del dogma,
desollando la piel de cualquier duda,
se me mostró el camino hacia la puerta.
Sin perder los ideales, sin perderlos,
me sentí como Adán
cuando, expulsado, no pudo retener el paraíso
sino tan sólo el cuerpo
de su amada.

EL VIENTO ME PERTENECE UN POCO

Jurídicamente hablando,
yo no soy dueño de ninguna de las luciérnagas.
Y aun mi derecho sobre las mariposas
resulta discutible.
No tiene sentido
que alguien me pida
(regalado o prestado) un crepúsculo
porque carece de ellos
mi patrimonio familiar.
Se puede creer, sin embargo,
que, en sociedad con mis oídos,
soy al menos propietario de alguna melodía
(las variaciones, digamos, sobre un tema del viento);
pero si una cosa debe afirmarse de mí
es que soy pobre de música,
menesteroso de Bach, harapiento de Mozart.
En mis arcas no existe un solo aroma.
Nunca he guardado en mi caja fuerte
el sabor a vainilla.
Nunca he poseído una alacena
olorosa a compota de durazno
ni mi ropa
ha estado nunca planchada y doblada
por las manos de un jabón
que conduzca majadas de perfume.

El viento me pertenece un poco

Mas llegas tú. Y el viento me pertenece un poco.
Hasta puedo enviar por correo
de regalo
alguna brisa.

Me llevo por algunas horas el mar a mi departamento
de la misma forma en que lo hice en la página 65
del antiguo relato de una de mis pesadillas.

De un tallo de dos o tres rosales
pende una tarjeta con mis señas.
Y he dado instrucciones a las espinas
(los demonios custodios del perfume)
para poner en su sitio a quien olvide
la propiedad ajena.

Mas llegas tú, y la soledad
sale corriendo
hacia las fronteras que tengo con la nada.
El abrazo nocturno nos confunde.
Sólo el gallo
que enciende una cerilla con su música,
despierta nuevamente nuestros límites.
Mas nos tomamos entonces de la mano
con la intención
de que no deje de haber nunca
litigios fronterizos entre nuestros pronombres.
Me ayudas a armar el rompecabezas de un ángel.

Hallamos agua, sol, edad derruida,
damos con la pasión
que desentume piernas, mueve brazos,

y devora también, oso hormiguero,
la infinidad de puntos agitados
en las extremidades que se duermen
en su inmovilidad de soltería.

Mas después de gozar
el placer sedentario de los besos
y las caricias lentas (las tortugas
afectivas que cruzan por tu vientre)
decidimos partir,
darle cuerda al zapato, correr mundo.
Construir un astillero
y empezar a forjar fetos de naves
que crecen hasta hacerse
audacia de madera,
un sueño con su popa y con su proa.
La aventura que sabe recortarle
las espinas a la rosa de los vientos.

PENÉLOPE

Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.
No permanece aquí para cuidar la hortaliza.
Para lavar la cara sucia de los pepinos,
peinar a los elotes, plancharle a las lechugas
los puños y los cuellos. No se queda en la casa,
al frente de la escoba que al moverse reparte
un infarto en cada uno de los granos de polvo.
No teje la calceta de su matar el tiempo.
No le zurce a la ropa sus corrientes de frío.
No se halla en la cocina todo el día incrustada
mirando cómo hierve poco a poco su tedio,
probando a qué le sabe su propia servidumbre
cuando el dedo le pasa su información al gusto,
ordeñándole rayos de sol a las naranjas,
tomando de la mano diferentes sabores
que van, endomingados, a ornamentar la mesa.
No aletea, pelando cebollas y recuerdos,
el pañuelo custodio. No lava los pañales.
No cuelga en un alambre la exposición completa
de todo su fastidio, frustración, amargura
encarnada en manteles, calcetines, calzones
“y camisas que lloran lentas lágrimas sucias”.
No teje una promesa que desteje en la noche
como el flujo y reflujo de un océano de estambre
en que está a la deriva su destino acosado

por la piel pretendiente. No se entierra en la casa.
También sale de viaje. También forja su propia
odisea Penélope. No se queda en la casa.
Se va haciendo camino. Pisa distintas piedras.
Halla flores e insectos que aún no tienen nombre,
que escapan a las fauces de todo diccionario.
Acumula países, aventuras, crepúsculos.
Con su experiencia al hombro va adelante Penélope.
Es cierto que en el viaje, me vive en su conciencia
como yo me la adentro también en el espíritu:
en verdad mi equipaje tiene excedido el peso
por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria.
Pero nos separamos. Con un mapa distinto
cada quien en los dedos. En barcos diferentes
que ni una sola gota del mismo mar comparten.
Digámoslo: Penélope no se queda en la casa.

YO SIGO MI CAMINO

Pongo el motor a calentarse, a meditar camino. Le doy un terrón de azúcar a cada uno de sus caballos de fuerza. Meto primera en mi apetito de espacio. Someto bajo mis pies, a pisotones, la velocidad. El automóvil sale hecho una estampida, generando la feroz cabalgata de paisajes en sentido opuesto. Yo voy al volante. Llevo un haz de caminos en la palma de mi mano. Ríos, montañas, pueblos están dentro del auto. En su atmósfera se hallan las tierras más distantes. Puedo doblar aquí, y escuchar las voces de mi mano derecha. O puedo, aconsejado por mi corazón, girar hacia la izquierda. Tengo la geografía en el bolsillo. No hay un solo semáforo capaz de detener mi odisea.

Yo soy el maquinista. El que va a la cabeza de la sierpe, el que está alimentando la caldera con pedazos de noche, el que jala el silbato para darse un duchazo de sonidos. Como un torpe pastor que condujera sus corderos a la boca del lobo, soy quien acarrea la humareda hacia el hambriento túnel. Soy el que, sobre tantos y tantos durmientes, va desplegando el sueño de llegar hasta el término del viaje. Yo soy el maquinista, Ulises de overol que está empeñado en un viaje redondo por sí mismo.

La línea más corta entre dos puntos es perderle el temor a la altura y comprarse un boleto de ida y

vuelta para viajar en ángel. Soy un piloto con diez mil horas de rascarle los pies a las estrellas. Mis señales de tránsito son las metáforas gongorinas de los signos del zodiaco. Soy el piloto de una nave que lleva a la prisa como su viajero permanente.

Doctorado en nubes, sé del cielo y sus atajos de aire como la quiromanciana conoce la palma de todos sus secretos. Consciente de que mi muerte sería un salirme de mi ruta para entrar a un crepúsculo, me someto puntualmente al itinerario, a la travesía en hexámetros que me fija la homérica epopeya.

Yo sigo mi camino, sin oír el canto de sirenas de las anclas. Amarro los oídos a grandes mástiles de silencio. Soy el timonel, el radar que percibe el hormigueo de mis plantas. Enlazo los caminos y corro a no sé cuantos nudos por hora. Podría pasarme los meses en el océano Pacífico o embarcarme en alguna de mis lágrimas. Podría... Mas voy, con mi jauría de medios, tras mis fines. Itaca es el lugar de donde vengo y es también el lugar al que camino. La odisea, digámoslo, es solamente un círculo (un futuro mor-diéndole la cola a su pasado) que parte y que termina, no en el beso y seguido de Nausica o de Circe, sino en ese punto de eternidad en el espacio en que mis labios y los labios de Penélope hacen que sus palabras se desnuden (para hacer el amor) y queden metamorfoseadas en los besos que han prescindido ya de la prenda interior de toda letra.

ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha
atrás.

Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas

los yerros
la retórica
en un rebaño de virutas perfumadas.

Para desandar el camino
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,
se requiere de un delicado instrumento

que es, como la rueda
los grandes aeroplanos
y la caricia de la mujer amada
cuando la soledad nos cala hasta los huesos,
invento inapreciable.

¡Oh fe de erratas de mi lápiz!
Cernidor entre el trino y el resuello,
la palabra veraz y la que hilvana
las letras enmieladas del engaño.

¡Oh gran antologista de vivencias!
Yo te debo la astucia de anularle adjetivos

a las emociones sustantivas.

Te soy deudor de mi capacidad
de comenzar y comenzar
nuevamente desde cero.

Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz

a la máquina

y después hacia ti
me quedo meditativo

y pienso

que el poeta

el verdadero

el grande

el profundo poeta

debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe

porque los dioses están más cerca del silencio
que del barullo.

CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Para Marcela Briz Garizurieta

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia
de que se enseñoreara sobre mí

decidí una madrugada
soltar deliberadamente una de mis hojas.

Llevé todas mis energías
mi coraje
mi savia
hacia el ramaje.

Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.
En realidad acabé por sacudírmela
después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.

El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo
instante

y como desprendió varias de mis hojas
nadie podía haber imaginado

en el caso de haberlo visto
que una de ellas
entre las doce que perdí ese día
encarnaba
muy verde aún
la forma primera de mi libre arbitrio.

Decidí descansar, reponer mi fuerza
tener frías, muy frías las sienas
meditar mi hazaña:

me sentí frente a los otros árboles
como el ángel que aletea orgullosamente
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica
con una nueva toma de decisión
otra avería.

Fue ya en la primavera.

Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.
Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis
ramas
había una distancia grande
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar
hasta que de repente me brotó
una pequeña flor
más pura
blanca
y tierna
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula
y se llenó de gozo el corazón
si se puede hablar de corazón
en un ser que nunca se ha excitado
ni con las caricias eróticas del viento.

El viento me pertenece un poco

No soy
me dije
un árbol al que le acaecen flores
sino que decide flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.
Que se me ocurría crecer por ejemplo.

Me concentraba.
Pensaba en las nubes
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso
creaba frutos
los destruía
me los pasaba de una rama a otra.
Y hasta descubrí la manera
de hincarles el diente.

Llegó el momento
en que todo o casi todo
era producto de mi libertad
de mi opción
o de mi juego.

Soy un árbol que ha creado
su tronco
su ramaje
su clorofila
sus nidos
sus aves
sus gorjeos

y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque
si decido crecer

se piensa

que la germinación me obliga a ello.

Si opto por florecer

por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión
no dejará de haber un leñador a mi vera

que hacha en mano

haga pensar a todos

que fui vulgarmente derribado

y no que

hambriento de rumbos

concentré mis fuerzas

apreté los músculos

y di

mi primer paso.

EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces
y el de verduras
se coloca el vendedor
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos
tender el toldo contra el sol
y acercarse la silla
se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!

¡Palabras narcotizantes para combatir
el dolor de muelas!

¡Palabras para la nostalgia crónica!

¡Palabras para escudarse de la agresión
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía
el vendedor aprehende con unas pinzas
la palabra seleccionada
la desempolva
la envuelve
y la entrega al comprador
acompañada de unas instrucciones
para su uso.

Hay vocablos en efecto

que deben ser dichos poco a poco
como deletreando la fuga
de la emoción saboreada.

Otros deben salir de golpe a la intemperie
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día
el mercader levanta su negocio.
Se echa su morral de vocablos a la espalda
y parte en busca de otros pueblos.
Por las noticias que nos han llegado
se puede asegurar
que este vendedor
en unos pocos meses ha ido destruyendo
punto por punto
población tras población
grandes comarcas de silencio.

**DISCURSO DE JOSÉ REVUELTAS A LOS PERROS
EN EL PARQUE HUNDIDO**

Compañeros canes:

Aprovecho esta concentración
para tomar por asalto la palabra
y decirles mi desdén, mi resistencia, mi furia
por la vida de perros
a que se les ha sometido
y que ustedes aceptan
sumisamente
con una larga, peluda y roñosa
cobardía entre las patas
(*animación en el parque*).

Camaradas perros callejeros:

¿Van a continuar luchando unos con otros?
¿Van a rodear el hueso
el pobre hueso conquistado,
con la cerca de púas
del gruñido?
¿Y lanzarse a dentelladas
contra el que también vive las manos
del hambre
cerrándose en su cuello?

Ah mis pinches

mis bonitos perros:

¿qué pasó con la táctica?

¿dónde sus olfateos de dialéctica?

Cada uno de ustedes ha acabado por ser el
ámbito

en que sólo las pulgas están organizadas
autogestivamente.

Algunos

(ya los conozco)

pretenden luchar

para que el número de Sociedades Protectoras
de Animales

aumente al mismo ritmo
del crecimiento demográfico
de los perros.

Canallas.

Otros

por el mejor trabajo
de los veterinarios.

Sinvergüenzas.

Unos más

porque las vacunas antirrábicas
se repartan a pasto.

Farsantes.

(murmillos de aprobación).

El viento me pertenece un poco

Camaradas perros:

Ustedes lo saben mejor que yo.

Lo espío ya en sus ojos:

hay que hacer a un lado la perrera egoísta
o el árbol por la individuación humedecido.

Desenterrar el hueso colectivo del atreverse.

Darle existencia histórica a las fauces

y soltar las tarascadas

en el número preciso requerido

para el triunfo.

Yo lo he soñado así.

En mi puño mi fuero interno mis lágrimas

clandestinas

yo he pensado que llegará un día

camaradas

en que por fin no sea

el perro hombre del perro

(*ladridos entusiastas*).

Mas quiero algo decirles.

En esta lucha.

En este joderse.

En esta pasión

no vaya a ser que otros les coman el mandado.

No vaya a ser que los perros guardianes.

No vaya a ser que los perros de presa

o los perros policía.

No vaya a ser que los canes cultivados

los que cuelgan su rosal de ladridos

en medio de los jardines.

No vaya a ser que los advenedizos
los que sólo hasta ahora merodean
a sus propias mandíbulas y dientes.
No vaya a ser.

No vaya a ser que aquellos
cuando ustedes destruyan este mundo
se erijan en los nuevos mandarines
chorreantes de colmillos
y que ustedes se queden
sufriendo nuevamente
su existencia de perros
(*aullidos exaltados*).

José guardó silencio.
Bajó del montículo que le servía de estrado.
Y una insinuante perra que atravesó la calle
le dio en la madre al mitin
a la pálida flor de la justicia
a la solemnidad del crepúsculo
y a la conciencia de clase
que fugaz
se había encendido
en esta efímera concentración
de perros callejeros.

INVITACIÓN

Con la caña en las manos, la carnada
de la paciencia puesta entre las sienes,
pesco dentro de mí, pesco en el lago
de mi vida interior, mi ser de niño.
Lo saco lentamente. Lo contemplo
roto, enlamado, viejo.
Le doy respiración artificial.
Lucho por conquistarlo,
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.
Se anima poco a poco. Poco a poco.
Lo acorralo en sus sílabas primeras.
Entiendo su dolor. Oigo su grito.
Hojeo lentamente sus sonrisas.
Me aprendo de memoria la secuencia
de sus respiraciones.

Hoy hay fiesta en mi pecho.
Se invita a los adultos
que gustan del deporte de la pesca.

ANTESALA

Tras el asedio y el asalto al cielo
fue la sentencia y la deidad vencida
por una ráfaga sin fin de tiempo.

Perfecto crimen, que instaló al deicidio
como una más entre las bellas artes.

Es necesario interrogarse ahora
sabuesamente por el asesino,
y darse cuenta que se hallaba oculto
en un resquicio de su propia astucia.

No fue la tierra. Ni tampoco el viento.
No la campiña, ni la luz, ni el agua.

No fue ninguna de las leyes físicas.
Ningún gruñido resultó culpable.

Por obra y gracia de los hombres; pero
de los rebeldes, de los siempre audaces,
de los dispuestos a retar a duelo
al infinito mismo, Dios fue roto,
destruido sin piedad, diezmado
hasta volverlo nada, casi nada;
polvo divino disipado luego.

La humanidad se despobló la frente
de la confianza, de la sed, del sueño
de que hay detrás de nuestras manos, otras,
blancas y finas, que comandan siempre
nuestra conducta, nuestro obrar constante.

El viento me pertenece un poco

Pueblo sin Dios, de libertad preñado:
cada sujeto ya no carga en hombros
de su creencia (su objetivo templo)
el campanario de estruendosos dogmas.

Hoy las palabras, al orar, persiguen
no a la invisible beatitud teológica,
no al crucifijo en que se vio clavado
el infortunio colectivo un día,
sino a las manos, al cerebro en llamas,
al corazón que está pasando lista
a sus virtuales decisiones. Pueblo
sin Dios que busca derrotar sus monstruos,
abrirse paso entre el caudal de furias
que lo amenazan, amedrentan, hieren.

Abrirse paso destruyendo todas
las telarañas que cobija el cráneo
o las serpientes que a los pies colocan
la zancadilla del veneno.

Larga
marcha será la que su pie transite
para llegar a la promesa tierra:
el porvenir confiscará los pasos
de la incansable procesión, y un día
renunciaremos al dolor de bestias
para empezar a padecer como hombres.

EL POETA

En la sala de mi casa dormitan varios muebles.
También hay muchos besos y palabras untados en los
muros.

Hay una vieja lámpara, que carraspea resplandores,
y se pone a hablar del día a las altas horas del poema.

En mi sala, los retratos familiares
ponen aquí y allá sobre el bargueño,
las repisas y los taburetes,
toda una galería de cromosomas
ensartados por un aire de familia.

Y lo diré también: mi sala está amueblada
por mi propio desorden.

Tiene sillas librereros: sillas en donde Góngora
duerme sobre Sor Juana a pierna suelta.

Y en que Marx alza en hombros a Bakunin.

Una mesa en que mi angustia
busca, con su pesada sien, en la madera
un urgente regazo.

Un piano compasivo que me toma
de los dedos, que toca
alguna breve y extraña melodía
sobre mis uñas, y me lleva
a las noches en los jardines de mí mismo.
En mi sala hay tantas cosas.

El viento me pertenece un poco

Pero lo decisivo es el teléfono.
Oh nido de palomas mensajeras.
Almacén de los espacios.
Aeroplano doméstico.
Pista de aterrizaje del aliento.
Juguete de los niños que sienten cosquilleos
de saltar a ser Dios.
Arriesgo, con el teléfono
mis primeros pasos de ubicuidad.
Mi sala está habitada, de pronto, por un timbre.
Como si se encendiera una bombilla
dentro de cada sueño,
vuelve toda mi sala a sus cabales.
El cuarto, electrizado,
se convierte en ademán imperativo
de mi presencia rápida.
¿Qué se oye? Es la sirena
de un pequeño vapor que está arribando
al puerto de mi mar de incertidumbres,
o acaso una ambulancia, un carro enfermo,
cáncer en estampida,
que aúlla adolorido
por las calles de Dios o por las calles,
seamos más exactos, de la nada...
El monstruo, en fin, de la sorpresa
que quién sabe por qué pudo enterarse
del número que tiene,
caja fuerte del alma, mi teléfono.
La campanilla de larga distancia es intermitente,
distinta, inconfundible,

como un grillo irritado, tartamudo.
Salva montañas, ríos, continentes.

Recorre el mapamundi en menos del cantar
de un parpadeo.

Hace jíbaros de agua,
al convertir en charcos los océanos,
el mural espumoso en miniatura
donde sólo un gusano de burbujas
aletea.

En veces, en mi teléfono,
suena un timbre de infinita distancia.
No trae la llamada de una alcoba citadina.
Ni tampoco de alguna provinciana
con el acento de su propia lejanía.
No me arroja tampoco
una parte de Europa hacia mi sala.
Viene del infinito.
Y se anuncia con un timbre singular,
como si le diera
luz verde a alguna ráfaga inaudita
de sonidos armónicos.

Cuando suena el timbre de infinita distancia,
levanto el audífono
y alguien o algo me dicta estos poemas.
Oh musa telefónica.
Yo traigo mi papel y ruego que no cuelguen.

El viento me pertenece un poco

Y así por intermedio del teléfono,
de su timbre de infinita distancia,
de este juguete, en fin, de ubicuidad,
deletereo un poema, ya se sabe,
que es de nunca acabar, de nunca serlo.

Pero a veces me ocurre
que salto hacia el teléfono
con hambre de metáforas y una extraña
sensación de vacío de infinito en el estómago
y tan sólo puedo comunicarme con mí mismo
porque ni suena el timbre de otro mundo
ni quiere el infinito darme línea.

A ORFEO SE LE ACABÓ UN DÍA EL TIEMPO

A Orfeo se le acabó un día el tiempo.

Cuando quiso tomarse el pulso
comprobó que la nada carece de latidos.

Hizo una larga caminata
a través de sus párpados cerrados
hasta dar con los Hades.

Llegó a los Campos Elíseos

y buscó a Eurídice por los cuatro puntos
cardinales de la eternidad.

A todo mundo preguntaba:

¿Han visto a mi amada?

¿Hay un lugar de este espacio
donde la soledad no ejerza su monarquía?

Todos se alzaban de hombros.

Pero Hermes, que venía departiendo con Eros,
le espetó: pero ¿ignoras que Eurídice
fue resucitada?

Y otra vez la misma historia.

Cuando Orfeo vivía, Eurídice se hallaba
arropada en la mortaja.

Cuando Orfeo murió, Eurídice fue
reintegrada a la vida.

Un suplicio más.

Producto de la falta de puente
entre el mundo de los vivos

El viento me pertenece un poco

y el mundo de los muertos.

Y Orfeo, mirando la frontera,
gemía: ¿cómo salvar al grosor
de lo imposible?

EN UN HOTEL

En un hotel de mala muerte
puede ocurrir un milagro.
Puede un poeta un gran poeta
tomar a Beatriz del taller
pagar una módica suma por un cuarto
subir los escalones respirar muy hondo
y entrar al cielo.

En un hotel de mala muerte
pueden Dante y Beatriz
destruir a dentelladas el amor platónico
pueden llenarse de insectos azulísimos los ojos
salir a cazar tacto salvaje
y sentir la noche oscura del cuerpo
incendiada de cocuyos.
Pueden hacer a un lado la historia los tercetos el
cristianismo
pueden verse provocativamente
correr a toda velocidad hacia sus manos
lanzarse al precipicio de la cama.

En la silla la ropa descarnada de los dos
se confunde.
Las mangas de la camisa
rozan lujuriosas el corpiño y las medias.

El viento me pertenece un poco

La camiseta enredada en las bragas
alcanza una alta cifra de excitación
y en los pantalones que cabalgan en las faldas
es posible escuchar
los jadeos de la tela.
Beatriz siente de pronto en la epidermis
en el cuello en las piernas en la corteza cerebral
que a la vuelta de la sábana
tropieza con Ulises.
Que el beso incandescente
que le inflama los bordes del asombro
la convierte en Helena o Deyanira.
Que la eyaculación galáctica proviene de Hércules.
Que ella es Dulcinea
o que él es Quetzalcóatl
o que ambos o que ninguno
o que todos
están en esa cama
viviendo y encarnando los amores
terrenales
de Dante y de Beatriz
que en un hotel de mala muerte
pudieron
tras de pagar una módica suma por un cuarto
subir los escalones
respirar muy hondo
y entrar al cielo.

ESTE PUÑO SÍ SE VE

Quiero hacerme a la calle a protestar.
Aunque sea una marcha de una sola persona,
una conspiración minúscula,
la perfectamente ridícula guerrilla
de mi furor casero.
Avanzaré con el puño en alto,
coreando, solo, consignas incendiarias
contra el imperio, la explotación ambiente,
las turgentes banderas
donde se ha desteñado la esperanza
y el rojo se agazapa en el rosado.
Avanzaré, resuelto,
la pancarta adolorida de mi frente,
yendo desde mi audacia al mismo zócalo,
desdeñando la zarpa granadera
que me puede arrojar a promover
un plantón energúmeno
de lágrimas forzadas.
Haré al final un mitin rapidísimo
donde hablará un relámpago.
Y me iré a recoger allá en mi alcoba,
allá en mi soledad,
allá en la madriguera, en fin, del yo,
para depositar sobre la almohada
la destrucción del mundo.

BALADA

En nuestra América, donde los muros
sirven para inscribir
un rechinar de dientes,
el gruñir de las rodillas en el polvo,
una injuria expansiva de nunca acabar,
los *mueras* y los *vivas* que son gritos,
callados por la piedra, pero gritos.
Donde, a la vuelta de la calle
nos hallamos paredes
en que el asco pintó sus acuarelas
o el coraje, logrado al exprimir los puños,
proyectó sus murales.
En nuestra América,
donde a la mitad de un encalado
aúllan a la luna los estómagos vacíos.
Cortan cartucho las ojeras
o se lleva al paredón por lo menos
el nombre del tirano,
hallamos a veces un imprevisto: “Te amo, Teresa”
o “Guadalupe, nunca te olvidaré”.
Y ante este espectáculo hay que interrogarse:
¿por qué algunos necesitan
exponer a los ojos de toda la ciudad
los tatuajes de su alma?

¿Por qué algunos
en medio de los fogonazos de las pasiones civiles,
entonan, en primera persona de ternura, una balada,
un hilillo musical que nace en la boca del yo
para escudriñar en el tú
el bendito agujero de la oreja?
Y la respuesta no tarda en presentarse:
si hojemos las paredes de la ciudad
vemos que no sólo hay muros violentos,
argamasa y pintura salpicada de entrañas
o sílabas leprosas de impotencia,
sino paredes líricas
que quieren aletear con sus letreros.
No sólo hay odios, demandas de justicia,
barricadas,
sino citas, ensueños,
y hasta algunos suspiros
que intentan, con su granito de aire,
ayudarle por lo menos al viento
a limpiar el smog allá en las nubes.

EL REGRESO

Hay quien saca a pasear al parque
a su perro, su gato, su nostalgia.
Tú y yo, en cambio, ayer por la noche
sacamos a pasear al *nosotros*.
Iba junto a los dos,
sin confundirse ni contigo ni conmigo.
A decir verdad era un *nosotros*,
con muy poco de tiempo gateando en sus entrañas,
pequeño, torpe, tartamudo,
que apenas sabía dar unos pasos
y difícilmente nos seguía.
A veces se tomaba de mis dedos
y cuando me sentía distraído
me jalaba de la manga,
de los bordes de la atención,
para que volviera hacia él,
enredada en las pestañas,
la mirada solícita.
Otras veces se iba junto a ti
traduciendo sus pasos
en carreras y carreras
para ir a la par de tu odio
por las tortugas.
Al poco tiempo,
el *nosotros* empezó a crecer,

a echar vida,
a multiplicar sus exigencias.
Entonces lo cargamos,
lo colocamos entre los dos,
nos lo pusimos,
y al tornar del parque, hacia la madrugada,
ya no éramos un *tú* y un *yo*
que sacan al *nosotros* a pasear
sino simplemente éramos nosotros
que regresábamos a casa.

ARS POÉTICA

En el jardín,
las flores no compiten unas con otras.
El jardinero no se anda organizando
concursos de belleza.
La rosa no luce una vitrina plagada de trofeos.
ni cuelga, en alguna de sus espinas,
la medalla del primer lugar,
el privilegio de sentarse a la diestra
del infinito.

La gardenia no lanza bravatas de perfume,
parada de puntas en su megalomanía,
contra las violetas y sus pobres vestidos de percal.
La magnolia no vive en un superlativo.
Ni su perfume es un incienso
por fin canonizado.
Los azahares no pretenden
lanzar el do de pecho de un aroma
sintonizado en lo perfecto.
En el jardín,
no hay una sola flor monárquica:
ninguna tiene el atrevimiento, la soberbia
de pensarse “la belleza soy yo”,
“soy una coartada para entrever el paraíso”,
“soy un poco de Dios que ha germinado”.

En el jardín nadie pretende
hacer juegos florales,
ni jugar a las vencidas con sus pétalos
o sus perfumes.
Nadie carga en hombros al narciso.
No se le pagan horas extras al hueledenoché.
No se le levanta un brazo al heliotropo.
No se le da un diploma de perfección
a la azucena virgen
y su congregación de hostias.
No hay una mafia de mastuerzos, magnolias y petu-
nias
para encumbrarse sobre las margaritas
y los girasoles.
En el jardín
cada flor tiene su espacio, su terreno,
su pedazo de estética.
La fresca calidad que la hace única.
La maceta es un nido donde aprenden
a dejar de volar todas las aves
y a soltar sus gorjeos de perfume inédito.

No hay en el jardín
un par de musculaturas que midan sus fuerzas.
No hay, como en el estadio, dos luchadores que
busquen,
como par de estrellas esgrimiendo rayos,
y en la enredadera de su lucha libre,
la flor cuantitativa de su triunfo.
Seguro de ganar, el discóbolo graba el tarareo

El viento me pertenece un poco

de su cantar victoria en cada disco.
Sueños hay de victoria
que, débiles, se pierden
en cualquier vericuetto de la anemia,
mientras que otros se forman
con un cerrar más fuerte de los párpados.
La lucha, la competencia,
el “a ver quien llega primero al crepúsculo”
o el “corramos de tal modo
que no pueda esfumarse un espejismo”
son, en el estadio,
la ley, la lógica, la vida,
el mundo de los rápidos, los fuertes, los hábiles,
los que quieren aventajar al otro,
ganarle por un sueño,
y sentir que su yo, su pobrecito,
se transforma en un héroe:
salta desde la mosca hasta la araña,
desde el miedo hasta el ogro,
desde el tiempo arrodillado en el espacio
hasta el Señor que dice
las leyes naturales.

El arte es un jardín.
No un ámbito de lucha de todos contra todos
donde la flor es loba de la flor.
En él no hay vencedores ni vencidos.
Por lo que más se quiera, no se siga
pensando en un hipódromo de ráfagas
cuando hablamos del arte.

Cada creación
emprende, allá en su tiesto o su parcela
su manera muy propia, incomparable,
de andar por este mundo,
de repartir belleza a domicilio,
a nostalgia de luz,
a niña de ojos.

EL DILUVIO

Homenaje a Hegel

El diluvio se inició hacia la madrugada.

Los primeros indicios de la aurora nacieron
anegados.

El agua tuvo la pretensión de sustituir a la
atmósfera.

En las fosas nasales empezaron a germinar florecillas
silvestres.

Entre el palo mayor y el ancla,
el viejo dio los últimos retoques a su temeridad.
Y con su voz de bajo bíblico
conminó a todos los seres a penetrar en parejas a su
arca.

Entraron el día y la noche.

La izquierda y la derecha.

El arriba y el abajo.

Tú y yo.

Él y ella.

Nosotros y ustedes.

Ellos y ellas.

Nuestro hombre

logró salvar del diluvio la dialéctica.

EPÍLOGO

En el archivo de las sienes
reuní las pruebas
y los testimonios irrefutables:
hice, de estados de ánimo, un jurado,
inicié el juicio,
coloqué mis hemisferios cerebrales
en los platillos de la balanza,
y dicté
contra quien se empequeñecía en el banquillo
de los sospechosos
la sentencia a muerte.

Era el mundo.

El mundo de los nombres y pronombres.
El mapamundi del asco.
Los cinco continentes del apocalipsis.
La caja de Pandora
de la liberación de una energía
putrefacta.

Mi sentencia fue a muerte.

Y el mundo fue ejecutado
ayer en el crepúsculo.

Por eso, queridos lectores,
ustedes y yo,
hemos perdido tierra,
sentimos los bolsillos retacados de nubes,
y gravitamos en medio
de la atmósfera espectral
de la poesía.

CUANDO ADVIENE LA INCREDELIDAD

¡Qué derrumbe!
¡Qué aguacero de dioses!
¡Qué lodazal formado
con el agua iracunda
del Diluvio!
¡Qué cielo
con los pies de barro!

TRIÁNGULO

Nos revolcamos en el lecho
la culpa, tú y yo.
¡Qué intercambio, amor mío,
de fronteras!
Durante horas
tiene lugar
la lucha carne a carne
entre el pudor
y la audacia.
De pronto
unos zapatos se alejan corriendo
un adiós se unta en las paredes
la prisa se transforma en portazo
y yo me quedo en el lecho
revolcándome con la culpa.

UNA COMPARACIÓN

Materia, estás en insondable desventaja
con la divinidad.
Nunca has enviado a un hijo tuyo a redimirnos.
Nunca has sido crucificada.
Nunca serás un laboratorio de milagros.
No hay una sola iglesia en el globo terráqueo
dedicada a glorificarte
ni a ensartar, flechadora del cielo,
las preces en los tímpanos escurridizos
de la primera causa.
No existen plegarias con pulmones de nunca acabar
para invocar tu nombre.
En ningún púlpito se leen versículos
de *El origen de las especies*.
No hay un solo canto gregoriano
que hable de los trilobites
o del ácido desoxirribonucleico.
En las pilas de agua bendita
nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.
En los órganos, ahítos de Divina Providencia,
jamás se escucha la música de los astros
y el ruido y sus armónicos
del vendaval que derrota al follaje y al silencio.
No nos prometes otra vida,
tener, de corazón, un ave Fénix,

ni liberar al tiempo que se encuentra
en el punto final acurrucado.

Estás en insondable desventaja
con el Señor de los ápices y las galaxias
porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.
Pero tienes ganada la partida,
pues, ¿qué puede el Rey de Reyes,
el ser que padece delirio de absoluto,
el ente que presume conocer la ecuación de lo
perfecto,
frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo
enigma,
siendo el campo de batalla de las huestes de Heráclito,
te deslizas o corres, sudando eternidad,
sin dar nunca de bruces
en una dilución o un epitafio?

VICENTE HUIDOBRO

Como una dura exhalación volante
cruza del aeroplano la silueta.
Baja un paracaídas y un poeta
y prosigue su ruta trashumante.

El lírico despojo, luz mediante,
el derrumbe del ángel reinterpreta.
Caída al lodazal de este planeta
desde un altivo gesto desafiante.

Yo soy ese poeta, y es mi abismo
la sentencia sin fin; mas soy un bardo
rebelde sin cesar en mi ostracismo.

Rebelde, con la furia en los nudillos,
porque me di en poner y ahora guardo
menudencias de cielo en los bolsillos.

LA OPERAMADA

Después de descifrar el himensaje
que puvislumbra el ojo cuando espía
la intihumedad caliente de tu estría,
me sé medicorrecto en blanco traje.

Receto pomamadas y masaje,
dulzocitorios tibios y sangría
y ante la paridez, la cirugía
que convierta el follar en un follaje.

Preparo el bisturí. Lo erectotomo.
Desinsecto mis manos y me asomo
a tu camiyacente gozaltante.

Y al cuchillido, abierta a los deseos,
huracamando el mar de tus meneos
sufres mi opiernación orgasmojante.

METAFÍSICA URBANA

Llegué, como todas las mañanas, todos los días, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad. Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va a llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calentitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5:15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el

regañó de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase muchas horas hablando con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está como quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a

volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba. Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas. En las sienes sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el Defe sin su catedral. Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete de catedral. O es como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran su vaso por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajeron y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un “camión vacío” me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una “parada”. Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales.

El presidente de la República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas del viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a coquetear con él. A abrirle los brazos. Él, sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras... Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuabras y cuabras se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprensible, absurdamente vacíos, como si se tratara de un camión apestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en

mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos... Me acerqué a ellas. Las invité a subir. “Las llevo a donde quieran”, les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. “Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los choferes con todo y autobuses.” Volví, cabizbajo, a mi ruta. Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

LA TORRE DE BABEL

Albañil con delirio de grandezas.
Constructor incansable de la torre
de no acabar. Impulso que reúne
su mezcla de alma y cuerpo en cada adobe.

Aeronave lentísima que escala
por terribles centímetros al cielo,
y en que hemos ido alzando, sediciosos,
la primera escalera hacia lo eterno.

De repente un relámpago y sus quejas
de timbal malherido, nos aturde
rugiéndonos que somos en pecado
que si el orgullo y la ambición discurren

con el turbión de sangre de las venas,
acabarán por ser tan sólo un coágulo
de glóbulos blasfemos, un olvido
del dedo omnipresente del decálogo.

Pero estoy, junto a todos, mano a la obra
más que para ascender, para que lo Alto
pueda por fin bajar hacia nosotros
trayendo el más allá bajo del brazo.

Qué temor, al dejar anclado el suelo,
cuando el mal de montaña o de infinito

nos ahoga el propósito y nos vuelve
en una procesión de peregrinos

con los pies amarrados y los ojos
viviendo una zozobra de galaxias,
subiendo, no subiendo, con el cuerpo
jugando a ser grillete de las almas.

Los vocablos encuentran en su carne
los poros del aullido. Y hay personas
que exigen un micrófono y se quedan
en medio de un desierto hablando a solas.

Alguien pensó de pronto: lo que faltan
son traductores: hombres empeñados
en arrancar la máscara a las frases
(que ladran diferencias) de lo extraño.

Pero los traductores, sorprendidos,
ven la inutilidad de sus esfuerzos
cuando, pasión en ristre, nos dan sólo
diferentes versiones del silencio.

Mi hermano, ya no entiendo lo que dices.
Tu lengua amasa sílabas y gritos
de chasquidos ignotos y sus letras
se escurren sin cesar de los oídos.

En tu voz y en tus labios ya no advierto
cuando estás frente a mí, sino tu espalda,

la inquietud de tus pies, las estridencias
volcadas a morder tu pentagrama.

Ay hermano, no escucho lo que gritas.
Tu alma me es expropiada por la bulla.
Me encuentro de rodillas, suplicando
que a la voz de mis tímpanos acuda

un vocablo no más, pero un vocablo
familiar, cotidiano, tuyo, mío,
para restablecer la especie humana,
la hermandad de la oreja y el sonido.

Amada mía, deja a mi cuidado
tus palabras. Acércate. No escucho
qué murmuras. No capto sino estática,
el ruido de los astros en su mundo

inasible, lejano, en otro idioma,
y desterrado siempre hacia el afuera.
Háblame con los ojos si no puedes
tener apalabrada con tu lengua

(cuando se halla mi oído arrodillado)
tus mensajes, tu código, nuestra habla
confidencial, con sus misivas de aire
y sus letras que vuelan en bandada.

Mujer ¿qué se ha interpuesto entre nosotros?
¿Un alambre de púas o gruñidos

El viento me pertenece un poco

que mastican su cólera y prohíben
la entrada a tus recintos?

y tampoco comprendo qué musita
este poeta que anda aquí en mi pecho
versificando estrépitos o ruidos
e impostando vocablos extranjeros.

No sé lo que mascullo, y aunque instalo
en todo lo que soy mi oído interno,
advierto sordomudas mis entrañas
y hablo con bocanadas de silencio.

Poco a poco también se vuelve extraño
el lenguaje de Dios, roto, perdido
en un acento ignoto que le brinda
a su predicación el infinito.

Cuando suelta su voz, yo no le entiendo
una sola palabra al absoluto.
Aunque tengo una antena, para hacerme
de pedazos de cielo, no disfruto

de los versos que dicen que Dios forja
en sus momentos de alegría plena.
No doy con el canal de lo perfecto.
Mi oído sólo advierte la cadencia

de voces que se rompen, chocan, ruedan
hasta formar un nudo de alaridos

incoherentes, que bajan de la torre
para untarse de polvo en los caminos.

El sordomudo altísimo del cielo
envuelve en mortecina luz su indicio.
Ya el radar de la torre no registra
ningún aletear de lo divino.

Tiembla de pronto. Todo se conmueve.
¡Qué colapso! ¡Qué torpe ingeniería!
Caen piedras y esfuerzos.

Y prosigue
la confusión en medio de las ruinas.

HAREM DE ESPERPENTOS

Don Juan no supo cómo detener
el paso de los días.
Ni donde guarecerse
de la lluvia torrencial de segundos
que se le vino encima.
Fue entonces que,
espiando a izquierda y derecha,
como si se cuidara de que nadie lo viese,
entró con paso firme
a la tercera
edad.
A la tercera.

Al principio, los cambios fueron irrelevantes:
las arrugas de la frente,
el archipiélago de manchas en las manos
y la propensión a contar
una vez y otra y otra
la misma anécdota
—por ejemplo la de la temeridad de acceder
a un balcón desdeñoso
con la enredadera de una serenata—...

Pero después fueron incontables
las pinceladas de tiempo
trazadas en sus sienes,
sus cejas,

su barba,
su bigote
—que le daban el aspecto atractivo,
cautivador,
inolvidable
del que paso a paso
logra introducirse en el hueco
de su propia estatua.

Cuando Don Juan peinaba canas,
rastros canosos de viejísimas caricias,
también peinaba indicios indudables
de desmoronamientos
o de rumor
de ruinas.

También vivía el inconfesable aire de fatiga
que arrancaba de su voz,
de sus gestos,
de su mirada,
y parecía demandar un lecho...
Pero sólo como el sitio
donde poder dormir,
desperezar nostalgias,
destrozar a manotazos mariposas,
tener la oportunidad de escalar
con sus manos de Sísifo
siempre idéntico seno,
besar todas y cada una de las bocas
que contiene la almohada,
y sentir, a todo, las acogedoras manos

El viento me pertenece un poco

de la temperatura;
como el sitio donde poder dormir
y dejar del lado de acá,
en la vigilia,
en la orilla del lecho,
los años,
la edad,
los trabajos eróticos
de Hércules,
el ciclópeo curriculum
de las resistencias femeninas
hipnotizadas por el péndulo
de un tiempo que corría
a favor del caballero.

Ya desde su más lejana juventud,
Don Juan se vio en la imposibilidad
de acallar la voz interna
que brotaba del hondón del cuerpo.
Esta voz se hallaba siempre a todo volumen:
suscitada en el prurito insaciable
del tonel sin fondo.
Las tensas ambiciones que sobrecogían de común
sus entrañas,
hubieran sido la causa de que Don Juan
viviese un prematuro
infierno,
a no ser que sus exigencias
y su tronar de nervios,
hallaran siempre en su bello físico,

su *ars amatoria* y su fama universal,
los aliados perfectos
para garantizar la puntual satisfacción
que le acarrea
la nunca mermada maestría en la seducción.

Si Don Juan ponía el ojo en alguna fortaleza,
ésta no podía dejar de sufrir
el derrotismo de las cuarteaduras.
De ahí que Leporello llevara el catálogo
“de las bellas que amó mi patrón”
como la fría estadística
que realizan la envidia y el asombro
de las aventuras del maestro en pezones
y doctor en caderas.

¿Cómo iba a resistir una mujer
a la que cubre tan sólo la túnica del escrúpulo,
cuando toda resistencia es desabotonable?

¿Cómo hacer que las damas,
desprevenidas,
dejaran de cambiar
por las cuentas de vidrio del reguero
de refulgentes sílabas cautivadoras,
el oro de la entrega?

¿Cómo protegerse del caballo de Troya
cuando la ciudad acumula en el fondo ansias de
caballeriza?

¿Cómo hacerle frente a un deseo
que toma de la mano y levanta a otro deseo?

El viento me pertenece un poco

Don Juan terminó por convertirse
en el mayor coleccionista de concupiscencias
en lo que va del hombre.

Pero no supo detener el tiempo
o, si se quiere, no atinó a vacunarse
contra el gerundio.

Y ahora,
con los ojos papujados,
los pasos inseguros,
la papada oscilante
se diría que las aspiraciones de Don Juan
han sido abandonadas,
dejadas de la mano de Dios
o a la deriva en los flancos oscuros
de la brújula.

Mas todavía disfruta
de indudables riquezas en su haber.
Es verdad que la prestancia de otros días
ha sido victimanda por la amnesia del espejo
o también que la belleza
se asfixia inexorablemente
en su caricatura.

Sin embargo,
a pesar de las devastaciones que el reloj
ha fraguado en sus dominios,
su renombre,
su experiencia y una audacia que sabe arrinconar a

los recelos,
le permiten aún algunos triunfos.

¿Quién iba a decir que la chiquilla de quince abriles
que hablaba el amargoso lenguaje del desdén,
le abriría de par en par los huecos de la entrega?

¿O que la joven esposa,
que urdía ya en su vientre sus mendrugos de niño,
consistiera en calzarse
sin culpas de por medio,
su mal paso?

Durante algunos meses,
Don Juan salió a la pizca de milagros.

A rogar a lo imposible,
de rodillas,
cesar en sus rigores.

Mas después,
poco a poco,
se fue quedando a solas
con el aire angustiado de sus manos vacías.

Ni la ciencia de la seducción,
ni el prestigio universal,
le sirvieron.

La lámpara de aladino agotó sus virtudes
y acabó por tener solo la lucecilla miserable
para alumbrar su impotencia.

La imaginación vino entonces en su ayuda.
La cacería,

El viento me pertenece un poco

tras amordazar la costumbre,
cambió de blanco
y el instituto sabueso remodeló
su brújula olfativa:
el Burlador decidió ir en pos de la muchacha gorda,
de la tuerta,
de la coja
y de la enana.
La imaginación vino entonces
en su ayuda.

Hay quien afirma que en este desfiladero del ridículo,
Don Juan proseguía sintiéndose
el amante perpetuo,
el hombre que sabía forzar,
con una explosiva mirada de reojo,
los rigores de una puerta
o la duda asustadiza de un prejuicio.

Después optó por incluir en su lista
una que otra mujer ya muy entrada en años.
Y es que sin duda hay ancianas
que, en medio de las ruinas de su cuerpo,
han podido conservar la soberbia a dos voces de sus
senos.

Hay mujeres que lo han perdido todo:
la línea,
la frescura,
los escondrijos todos de lo bello.
Pero tienen,

guardada en la despensa del recato,
el más hermoso pubis de la ciudad entera.
Canoso, sí.
Más rizado por quién sabe qué dedos invisibles.
Cálido y suave,
como el mejor estado de ánimo del terciopelo.
Y es que sin duda,
aunque existen viejas arrugadas,
sin dientes,
y que pueden solamente desplazarse
si un bastón les da la mano,
vistas de cerca,
cara a cara,
entre orejas hendidas y párpados hinchados,
lucen una mirada inmarcesible,
impenetrable casi a esas sentencias de muerte
que llevan al calce
la firma del cronómetro.

Don Juan seguía insistiendo.
La voz de su organismo palpitante,
continuaba velando sus súplicas
(de pesadas rodillas)
con un ropaje de órdenes
que se daba a sí mismo.
Y él iba de una cita a otra y otra,
intercambiando visos semejantes
de derrumbe,
mechones sin raíces
o trozos de epidermis,

El viento me pertenece un poco

con brujas,
espantajos,
adefesios.

Y aunque al final tuviera
—verdadero sultán en su harem de esperpentos—
las manos barnizadas de carroña,
él prosiguió creyéndose
el perpetuo salteador
de descuidos y virtudes.
Don Juan seguía insistiendo...

Cuando accedió por fin a su agonía,
y cuando el convidado de piedra de la lápida
podía suponerse ya en camino,
nadie supo decir si los sonidos que emitía su aliento
eran estertores de muerte
o jadeos de un orgasmo.

Pero tal vez Don Juan,
seductor asimismo de la muerte,
se imaginó que estaba,
al fallecer,
no rindiéndole cuentas al vacío,
sino ampliando su lista interminable
sólo con otro nombre.

LA HERMANA

I

En la línea fronteriza
con que mi identidad pinta su raya,
te hallabas tú,
encabezando la lista
de mis prohibiciones,
el catálogo cruel y puntilloso
de la moral madrastra.

Por aquellos días
no sólo pescaste al vuelo alguna de las frases
pronunciadas por el sutil delecto
de mis párpados,
sino que terminaste por oír y comprender
el gruñir de mis órganos internos,
las blasfemias coaguladas en mi sangre
o el sollozo con que tartamudea mi ternura...

Yo asimilé también aquí a tu vera
las voces inaudibles que brotaban
de las partes pudendas
de tus poros.

No fui indiferente al clamor en sordina
que suelta en toda tú lo inconfesable,
ni al instinto sepulto en las reconditeces de tu cuerpo,
donde tu carne finge ser ya un trozo
de materia suicida.

Supe entonces
que la fuente de mi inspiración
—tomarle el pulso a los árboles,
quedarme sin ojos tras el vuelo de las aves,
cantar desgañitadamente y al unísono
con los vientos—
de no sé qué manera se fundía
con tus piernas, tus senos, tus caderas,
con todo ese puñado de morbideces
que mantiene con la palma de mi mano
un aire de familia insoslayable.

II

Pero vayamos al lado oscuro del castillo.
La soledad estaba siempre merodeando.
Meditaba en la forma de trocarse en ave de rapiña
y arrojarse al aquí y al ahora de este grito.
Rodeaba los cuerpos
de alambradas de carne
para frenar los pasos
amorosos,
la valentía
del aproximarse,
la idea fija de las manos
que conspiran, en pie de audacia,
contra la satrapía
de los límites.

Gustaba echar a andar
esa caja de música siniestra

en que se me había acabado de convertir
el tronido de los dedos.

Coleccionaba caracolas.

Pero de un género sólo:

de aquellas en que se podía escuchar,
eterno, majestuoso, inagotable

el mar de incertidumbres;

sabía cómo asaltar, en fin, al ímpetu
de libertad,

atarlo y convertirlo

en un cero a la izquierda

que como pequeño globo

se desinfla

y dejar al corazón

rumiando entre sus venas su rosario
de tarántulas.

Pero nuestros padres, hermana,

no sólo dieron a la luz

a este poeta que ha obtenido

varias veces el primer lugar

en los concursos de migraña

o a este mamífero

que está por editar

su primera antología

de aullidos a la luna,

o también a esta mujer

que advino al mundo

en una nave de vela

empujada por un huracán de genes

para ser musa,

hermana de mis ojos,
mis manos,
mi sangre,
perfume de la más entrañable de las flores increadas
criatura con toda la luz que requerimos para salvar la
noche
en la palma de las manos.

III

Mas la soledad
se tendía entre nosotros
con presunciones de frontera,
quemazón de salvoconductos,
deslinde de amorosas confusiones.
Le podaba las rosas
a nuestra fantasía,
enmarañaba la ilusión
de escapar finalmente
del mareo laberíntico,
al transformarla
en laberinto de hilo,
y dejaba en libertad los alacranes
jugosos de veneno.
Ahí estabas, hermana,
en mi línea fronteriza,
en la aduana de poros con que empieza el afuera.
Ahí, para vendarme los gemidos,
derramarte en mis heridas
y ponerle a mis vocablos plañideros
la sordina de tu dedo en la boca.

IV

Ahí estabas. Al alcance del deseo,
de la mano desenguantada de prejuicios;
sin vacilaciones,
ni riendas,
ni poquedades,
ni la voz insidiosa y maloliente
del escrúpulo.

La distancia
—que por más que restáramos, medía
siempre el mismo infinito—
fue hostigada por las fauces
del atrevimiento.

Pero ahí permanecías,
en el lugar exacto de lo otro.
Sitiada en tus aquíes,
en tus aislantes células,
por los amurallamientos del bautismo,
por el principio de identidad que espolvorearan
en toda tu epidermis
las manos de los padres.

Ay, nuestros padres.
Nos dejaron de herencia
este ser individuos,
islas,
mapa de células.
Este vivir prisioneros

a cuatro llaves,
a cerradura ciega,
dentro de un cuerpo
por sí mismo acorralado.
Nos acercamos uno al otro
con la temeridad enredada entre los dedos,
convencidos de que el tacto,
vigía de la epidermis,
halla siempre los pasadizos secretos,
los puentes,
los pedacitos de tierra de nadie,
bajo la altanería de las indiferencias.

En ambos raya una convicción:
el amor sabría revolver
los poros de lo mío y de lo tuyo
a la busca de la cama promisa
del nosotros.

Ahí estábamos.
Respirándonos mutuamente los alientos.
Dándonos uno al otro el golpe
a sus suspiros.
Era preciso dar el paso.
Mirar sobre los hombros del desdén
las convenciones,
las consecuencias
o el sismo de principios y preceptos.
Había que darlo.
Y lo dimos.

V

Nuestras fronteras fueron al cadalso.

El principio de identidad se embarneció en un punto del espacio.

Nuestra epidermis amordazó

los monólogos obsesivos de sus orillas.

Y fuimos una carne,

idéntica pulpa de manzana,

el dulcísimo pronombre hermafrodita,

la jadeante unidad de contrarios,

las bocas confundidas,

las manos al garete.

Qué felicidad, hermana.

¿Lo recuerdas?

Qué paraíso levantado

a fuerza de infracciones,

de resoluciones perplejas

y de saltos mortales.

Qué manera de incinerar decálogos,

hacerse oídos sordos al estruendo

que se agolpa en el púlpito

o cortarle las alas a los cuervos

que anidan en la parte

oscura de las normas.

Qué forma de gritar “ya basta” a los mandatos

que usaban el canal de lo infinito.

Qué paraíso terrenal

cargaron en sus hombros ese día

dos valientes.

¿Recuerdas?

Qué júbilo indecible cuando barrimos del entorno

las dudas,

los temores,

las letras de los nombres paternos,

el morderse y remorderse el alma toda

o el curvo sentimiento de una culpa,

bajo la acusación

de que todos,

quién más quién menos,

habían hincado su diente en la pulpa moralista,

la discordia azucarada

y el rojo delincuente

de la manzana fatídica.

Qué satisfacción saber,

hermana,

de que aquí,

en nuestro mundo,

en este dar rienda suelta a lo que somos,

se ha apostado un arcángel

que blande y blande la línea fronteriza

de su espada

flamígera, filosa, imperturbable

que además de vedar, con su aduana de fuego,

el paso a los intrusos,

nos esconde,

protege

y vela dulcemente nuestra culpa

de las conspiraciones y amenazas
del incienso.

CANTATA DEL ÁRBOL QUE CAMINA

I

Soy un poeta que habla de pájaros.

También

claro

de otras cosas

la luna los hipogrifos violentos

los círculos viciosos

las divinidades

y los campos de tortura

Pero hablar de pájaros

y escribir subido a las ramas de los

árboles

libros y libros de versos

es mi obsesión

la rutina de mis ansias

Un amigo mío me dijo un día

Enrique no hay que prestar tantos

nidos

de atención a los pájaros

Y entonces volví la vista a los árboles

a esos seres tristísimos que crecen

persiguiendo a su pronombre

a esos fumaderos de oxígeno

a esos astrónomos del parque
que gustan de escudriñar el cielo
con los ojos de sus pájaros

Los pájaros

Los poemas del árbol
Su estrategia para podarle la prosa
que le crece

Las aves que

en diferentes puntos
se insertan al ramaje
y en él hallan los nidos de caoba
donde olvidar sus alas
metamofosearse en frutos
y esperar a que madure en sus entrañas
el aleteante néctar del gorjeo

Enrique

me dijo el amigo mío
Pon a la frivolidad en cuarentena
y arroja los trinos
que aletean en tus dedos
a un diccionario de la rima
cualquiera

Cambié de itinerario

Abrí mi caja fuerte para encerrar en
ella
los consejos
Me volví

El viento me pertenece un poco

un poeta que habla ya no de pájaros
sino de árboles hechos y derechos
Que adivina el bosque en cada pino
o cada sauce
a sabiendas de que a todos
nada arbóreo
como diría el clásico
les es ajeno

Un poeta que los ve a la distancia o desde cerca
o desde abajo
O encaramado en una de sus ramas
para ser el agente de tránsito
de los vientos
o de las palabras que corren por los aires
tocando la bocina
de alguna de sus vocales

Vi los olmos
los cedros
los sauces

Los divisé
como a nosotros
negociando sus minutos con la
muerte

Alzando en hombros el verdoso
brochazo de su impulso
Levantando en la yema de su dedo
algunas de sus brisas
Pero también sufriendo el cansancio indecible

Enrique González Rojo

de cargar no sólo su muchedumbre
de hojas
sino el frondaje completo del firmamento
o padeciendo los jadeos invisibles
de su marchitarse

Acaricié su tronco
Y por uno de sus nudos
cicatriz de un hachazo
le recité poemas
y hasta me puse a tararearle una canción de cuna
para sus partes niñas
Creo que fue en Pascal donde hallé la imagen del
hombre
como un junco o una caña que
a pesar del feroz ramalazo de la
tempestad
afilada por los montes
se sostiene
la quilla de la frente
quebrando en dos al viento
por las hondas raíces que lo clavan en tierra
encantado por el juego
de las leyes naturales
y planeando cada una de sus conquistas cósmicas
bajo tierra

Si fui
en el pasado
un poeta que

El viento me pertenece un poco

tras de hablar de pájaros
dio recitales de poesía en los claros de la selva
hizo marchar de diez en fondo a los árboles
en la calzada real de sus estrofas
y escribió sus mejores metáforas en los troncos
después terminé por ser

o sentirme

o transformarme

en un árbol que canta

y dice confidencias

y busca melodías en el lento desplazarse

de su savia

o en el céfiro que escudriña los nidos a la búsqueda
de residuos melódicos

Un sauce o una encina que

con los álabes de su ramaje

cuenta

las sílabas de sus versos

o que emplea el metrónomo del ritmo de la
vida

para decir

decirse

desdecirse

con un silencio que se desploma del frondaje
como la sombra

o la hojarasca

Pero también fui un árbol que aúlla

gime

gimotea

da arañazos al cielo
hasta darse en la garganta
con el amargo sabor
de la sordera ajena

Entonces
cuando no sé qué director orquestal
me daba la entrada
escupía a los aires
un fortísimo de bramidos
y dejaba en la atmósfera
el escándalo de mis pulmones

Fui en verdad un vegetal violento
erizado de injurias
zozobras
y lianas malolientes de saliva
colgadas como escarcha

Árbol blasfemo
a las patadas con la Divina Providencia
dedicado infatigablemente
a pisotear y embarrar en el suelo
todo presunto milagro
y arrancar hojas y hojas a la Biblia
con la seguridad
de llegar a tener entre manos
las Santas Escrituras de la nada

Pero hoy ha sucedido

El viento me pertenece un poco

Ya no estoy aquí
anclado al suelo por una raigambre
sedienta de negrura
y hambrienta de gusanos
Ya no estoy a la espera
de la furia del destino
y su jauría de vientos
No estoy aquí
Ya no
A mis espaldas hay
tan sólo un hueco
cavado por mi ausencia
que brama nacimientos
y sangra independencias
Soy un árbol
que ya está en el andén de su odisea
que encuentra pies y báculos
y brújulas y prisas
y hasta el camino mismo
entre sus pertenencias
Un árbol que concibe su primer paso
con los dolores
del alumbramiento

II

Caminante Soy ahora
un árbol caminante
No aquél que escupía

a diestra y siniestra
 plegarias venenosas
o manzanas prohibidas
 para que Dios
les hincara el diente
No aquél que tenía cuentas insolutas
 con el infinito
El ser despellejado
con su albura a la intemperie
 con jaquecas de viento
que llegó a sufrir un síncope
de su tronco
Ya no soy el energúmeno
de ayer con cara de pocos dioses
 puños fingiéndose frutos
y mesándose las ramas
 las hojas y los sueños
Ni aquél que
pletóricos sus nidos de blasfemias
recién nacidas y empolladas con ternura
por mis odios
declaró una guerra sin cuartel al Padre
un duelo a primer epitafio
e impulsó a su furia antiaérea
a agujerear el firmamento

Ni aquél que
tras la guerra de exterminio
declarada al más allá
sintió sus manos

El viento me pertenece un poco

manchadas con la sangre
del Hacedor del mundo.

DEL BESO ROBADO Y OTRAS INIQUIDADES

La seducción es una forma atemperada
de violación: fuerza a la resistencia femenina
a descobijar sus negaciones.

Obliga a la indiferencia o al recato
a cubrirse de escrúpulos y titubeos
e inmolarse en la flama
de la astucia masculina.

La seducción llena de interrogaciones a la presa
—¿será posible? ¿será verdad que...?—
e inmoviliza los anticuerpos
del escudo.

La seducción, ay, produce un incendio
en algunas vivencias inflamables.

Introduce en la fortaleza, vía el oído,
sus relinchos de madera.

La seducción es untada por el tacto
a lo largo de la epidermis;
se acumula en los ojos del ave de rapiña
titilantes de deseo,
y vuela hacia su presa

con aletear amenazante
que se descubre buitres en la carroña.

La seducción, en fin, sabe que el beso robado,
al colocar una libélula imprevista
a mitad de la boca,

es llave que contradice las decisiones inquebrantables

El viento me pertenece un poco

de la puerta,
genera vacilaciones en la duda,
desenchufa la idea del pecado
de la moral corriente,
y busca a lo largo y a lo ancho de la conciencia feme-
nina
el escondite del consentimiento.

MODELO

La tercera edad hizo de las suyas
expropiándole poco a poco
piel a piel
la donosura
a la modelo.
Preocupada por el avance del enemigo
la mujer
entabló una lucha a brazo partido
con los años
y su marcha ominosa y sin respiro
a lo largo y a lo ancho de su orgullo.
Con mascarillas

cremas

afeites

—de los que usan seguramente los ángeles
demacrados—

intentaba detener
parar en seco
la implacable corriente de minutos
de lo inexorable.
Para potenciar su pugna
se hizo de un espejo
honrado
claridoso
que a la menor provocación
decía sin quitarle una coma la verdad.

El viento me pertenece un poco

Y ella se pasaba

(con su tejido de horas en la mano)
acorralándolo con preguntas y preguntas
y escuchando

contrita

temblorosa

incrédula

sus respuestas

hirientes

heladas

sin misericordia.

La modelo

en angustiosa carrera
trataba infructuosamente
de enmendarle la plana
a lo definitivo.

Pero con el paso de los años

fue perdiendo la vista

hasta quedar

ensimismada

con la niña de sus ojos

amarrada a su miopía

El espejo también fue envejeciendo

de modo tal que

roto

sucio

derrotado

comenzó a balbucir
incoherencias.

La alcoba de repente
se llenó de mentiras y mentiras
de la flora y la fauna
de una alucinación
desbocada.

Dejó de ser
el primer círculo del infierno
para volverse el atrio
del
paraíso.

ENVEJECIMIENTO

Las pertenencias de los ancianos
envejecen

ay
con ellos.

El látigo del domador
ya no sabe rugir más fuertemente
que los leones.

La pluma del poeta
es ahora ganada por el pavor escénico
ante la hoja en blanco.

El avión del piloto
como si le hubieran cortado las alas
picotea aquí y allá su semejanza
con un descomunal y grotesco
gallo metálico.

El cayado del viajero
extravía
en no sé qué recodo de su travesía
la brújula de palo
de su sentido de orientación.

La aguja de la costurera
padece quién sabe qué trastornos oculares
que le secuestran
aquellas miradas de hilo
que descubrían las más invisibles
roturas de la ropa.

El barco tiburonero
—hoy medroso hasta de las pirañas—
prefiere dormitar en la arena
—soñando en sus años mozos—
a meter de nuevo
las narices de su proa
en el salado riesgo de la pesca.

Todas las pertenencias de los viejos
envejecen
se hacen de una joroba
bajo el peso de tantísimos cumpleaños.
Todas escuchan.
Todas saben de qué se trata.
No hay una que no entienda
el idioma universal
 el esperanto de la fatiga
de la decadencia
 o de lo efímero
con el que hablan perfecta
 corridamente
 y sin acento
los relojes.

FOTOGRAFÍA

Mis dedos

 levantando la fotografía
ponen ante mis ojos
un mar que carga a las espaldas todo el cielo
como Atlas sudoroso que intentase
cargar el infinito.

Allá lejos

 tras una negociación de azules
el cielo y el mar
trazan el horizonte
 el camposanto de miradas.
El firmamento con su desmanchado azul marino
casi venido a blanco
 (a blanco de los ojos)
sufre inopia de nubes pelícanos
y pupilas en picada.

El azul del mar no se anda con remilgos

 con pequeñeces de caracol
y se encarama a los peldaños del apasionamiento
 ahoga timideces en su entraña
y lanza su red azulísima hacia la costa
a la pesca de bañistas
y poetas.

La diosa monotonía se adueña
de la orilla del mar
y poniendo su húmeda insistencia
bajo las órdenes del metrónomo
convierte el ondeo
en un disco rayado
en que las olas llevando el aro de sus curvaturas
juegan siempre a lo mismo:
a hacerse y más hacerse y más hacerse
hasta desvanecerse
como un oleaje en ruinas...

De cuando en vez el silencio
impone su momento espiritual
su mendrugo de nada
y el mar por un instante se decide
a morderse la lengua.
Y es entonces cuando te veo
erguida
 caminando
bañada por duchazos de sol
dándole la espalda al océano
como Venus
que nace de su oleaje de semen.

Llevas en las manos
un libro de versos que bate lentamente
sus enormes alas de negra mariposa.
Tienes los ojos hipnotizados

El viento me pertenece un poco

y te quemas las pestañas
con el sol y las letras.

Por un segundo
el mar pierde su lucha con el cielo
y se convierte en cielo cielo
embarcado
cielo dejado a la deriva
en alta mar.
Dejado.

Estás ensimismada.
Quizás le estás siguiendo
su pista de invisibles puntos suspensivos
a una de mis metáforas.
Tal vez estás oyendo
en el ritmo de mis estrofas
mis respiraciones y sus enigmas
de aire.

Soy un poeta privilegiado. Tengo
esta fotografía de mi musa
de mi amada
de mi compañera
de la luz con que escribo en las noches
de mi entraña.

—¿Tú sabes —le digo—
que vamos a seguir juntos toda la vida?

¿Sabes que
 siendo la confluencia de dos ríos
 —de evaporadas fronteras—
oiremos un día el rumor de las olas
 el canto gregoriano de la espuma
 la húmeda fanfarria de gaviotas
de nuestro destino?
¿Y sabes que uno de los dos
quedará frente al otro
para cerrarle los ojos
amortajar su pulso
y descifrar el jeroglífico
de su último suspiro?

FINAL

El helicóptero vuelve a la tierra.
Olfatea el lugar donde debe detenerse
y siente en su tren de aterrizaje
la tajada del planeta
que le toca.

El piloto trae su informe bajo el brazo
y halla en esta comedia de la urbe
el pasadizo secreto invisible
que va de la divina
a la comedia humana.

Fue testigo de todo
—de las prisas
los besos encamados en la culpa
los dúos de gemidos de serrucho
y violín desafinado.
Si algo se le quedó en el tintero
fue por obra de la fatiga muscular
de su propósito,
de la dolencia de finitud
que padece su brazo
o la anemia perniciosa
que corroe sus versos.

Baja del helicóptero
busca
para esconderse

la madriguera
del punto final
 el trampolín de la imaginación
o la matriz del silencio
y se nos va poco a poco de las manos
de los ojos
del oído
en busca de un nuevo yacimiento de palabras
que al parecer se encuentra en algún punto
de la capital,
para perderse
devorado
por una de las avenidas
calles
callejones
vericuetos
de nuestra ciudad.
Se va regando
no guijarros
no mendrugos de pan
sino letras
signos de interrogación
palabras
para que vayamos tras él
para evitar que se pierda en cualquier bosque
que le salga al encuentro.
Podemos perseguirlo
olisquear su pista
leer
leer

El viento me pertenece un poco

los indicios que nos deja
la polvareda en que termina por hacerse
el polvo de que se halla
constituido...
Pero tarde o temprano
daremos con el punto final
de sus escritos
 de sus pasos
de sus respiraciones
porque el punto final no es otra cosa
que el epitafio
del silencio.

EL SABIO DE AGRIGENTO

I

Isla acariciada a dos manos
por mar antiguo,
añejo,
de cosechas anteriores a Cristo.
Olas que son música y poesía,
versificadas por el firmamento,
preludios que le pisan los talones
a sus fugas,

voces en clave de agua,
solos de lira
con cuerdas bocales.

Tierra que,
en cámara lentísima,
huye perpetuamente
del puntapié amenazante
del destino.

Acantilados que azotan
furiosos hexámetros y trocaicos
de suspirantes sílabas
cabalgados por las espumas
del verso blanco.

Isla rica en valles, cordilleras,
florestas, templos, moluscos
(semen arrojado
por los éxtasis del mar)

y pactos con el cielo
que atestiguan, efímeras, las nubes
y rubrican a su paso
parvadas de gaviotas.

II

En días antiquísimos,
los griegos embarcaron
sus navíos ligeros, sus naos y trirremes,
sus espadas, sus escudos,
sus ojos incendiados de horizonte a la busca de
miradas inéditas,
sus creencias y costumbres,
su olimpo (comarca de palabras mayores
donde Cronos fue excluido por el Hado
de sus sucios negocios con lo efímero);
sus arpas eólicas,
sus cítaras,
sus coros de cisnes moribundos,
sus flautas de jilgueros disecados
que enhebraban la música de fondo
de donde emergían
las nueve maneras en que los humanos,
en su parnaso anímico,
se acercan, sedientos, a la belleza;
también trajeron consigo la alcándara
de palabras huidizas,
símiles,
epítetos,
metáforas que son los cromosomas

del milagro,
materia prima con que trabajaron Homero,
Hesíodo, Píndaro, Anacreonte,
y supieron ahogar entre los brazos
los límites, olorosos a muerte,
del espacio y el tiempo.
Y al arribar a las playas de Sicilia
descendieron con todo y cargamento,
desembarcaron parte de su historia
y un pedazo de su patria.
Lo bajaron todo
—sin excluir la lluvia, los crepúsculos o el olor de su
Grecia—
hasta hacer de esta isla
una de las provincias más prósperas del espíritu
y un espacio celeste
donde el águila de Zeus,
que reunía en sus ojos toda la isla,
gritaba,
con ademanes de aire,
lo que son sus alas...

HUMILDE RECONOCIMIENTO A LOS DEMIURGOS

Al inicio de todo,
cuando Dios estaba creando febrilmente
sus Obras Completas:
armadillos, orugas, tulipanes,
tumores cancerosos, temblores de tierra.
hoyos negros, dedos meñiques
y tantas criaturas que no podrían entrar
en el Arca de Noé del más amplio
de los poemas,
algo le resultó mal:
las rosas, los crepúsculos y los acantilados.

Las rosas nacieron desteñidas,
en veces hechas jirones
y sin otro atractivo
que el aroma edulcorado
de lo cursi.
Los crepúsculos tenían como maestra
a la monotonía
y nunca oyeron hablar
de las palabras novedad,
renovación
sorpresa,
por lo que día tras día,
durante varias eternidades,

se plagiaban a sí mismos
como un actor que se resiste
—y convierte en raíz su resistencia—
a dejar el escenario.

El error que acompañó a la creación de los acantilados
fue haberlos hecho juntito al mar,
lo que impedía verlos seguros,
serenos, impasibles,
porque si por un momento así se hallaban,
un instante después
estaban chorreando agua,
plagados de espuma
y despeinados.

Dios envió a varios poetas
a corregir los defectos, averías,
malos acabados de sus hechuras.
Unos se pusieron a remendar las rosas,
a perfeccionar sus formas y colores,
para dar carta abierta
a miradas deprimidas y metáforas audaces.

Otros se encargaron de los crepúsculos,
cambiaron el ritmo de aparición
del allegro al lentísimo,
combinaron atrevidamente los brochazos de pintura,
enloquecieron el espectro,
dejaron al caleidoscopio
rumiando su envidia
y hablando de gansos en el país de los cisnes.

El viento me pertenece un poco

Unos más corrieron a los acantilados:
les restaron mar y les añadieron tierra
y lograron, así,
que a cada embate de las olas
el peñasco se irguiese
como un hombre que una vez y otra y otra
triunfa sobre el destino
como florece un puño
a mitad del sojuzgamiento.

Dios contempló su obra:
le pareció aceptable.
Los poetas eran sus correctores de estilo,
su fe de erratas,
los restauradores de sus viejas pinturas
hoy deterioradas
o la gracia divina que a veces
se le escondía entre los dedos.
Eran todo eso
¿o acaso más?
¿No serían sus usurpadores,
sus deicidas?
¿El infinito número de inspiradas pruebas
de su inexistencia?

LA PRISA/ Remedios Varo

Seguida de su vieja institutriz,
la muchacha lleva en la mano derecha
un gran barco de papel
y en la izquierda un charco que se le va derramando.
Camina casi corriendo,
no vaya a ser que alguien se le adelante
en la creación del mar.

LA PERFECCIÓN/Piet Mondrian

El rectángulo —decía Mondrian—
es mi forma geométrica preferida.
Pero aquí predominan las curvas sensuales,
los pezones alados,
la explosión de cinturas,
la orgía de las circunferencias.
Los pocos rectángulos que están frente a nosotros,
que se hallan viendo fijamente las elipsis,
tienen como utopía la cuadratura del círculo.

CONSEJOS A MI PLUMA

Para Paloma Saiz Tejero

Escúchame: amo aquella poesía
que se escribe en las trincheras
a la luz de los fogonazos del oído;
aquella que, si primero
nace como el aullar
de lobeznos perdidos en el cosmos,
madura al convertirse en lanzallamas
de fonemas corrosivos;
aquella que, tras de recibir instrucción militar
en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,
hace que todos sus versos se ecuentren
a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;
aquella que, al soltar sus alaridos,
se deshace de la bisutería
de la rima,
aquella que, de la mano de la pólvora,
tiene como blanco la destrucción,
el estrago fecundo,
el bendito borrón que parirá
con dolor maternal la cuenta nueva,
la luz recién nacida,
la utopía en pañales
donde por fin las ruinas
alcen en hombros, victorioso, al humo.
Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,
el “mucho ruido y pocas nueces”
de lo panfletario.

El viento me pertenece un poco

La poesía desfallece en el panfleto
como la luz se asfixia en la caverna,
o la música de la verdad
en la vocal desgañitada.
Amo la poesía de denuncia
—aquella que espera a los trabajadores
a la salida de la fábrica
para intercambiar saludos
y planear cataclismos,
aquella que si sabe cantar, también vomita;
que si se anda en los aires pergeñando geranios
también tiene gatillos en espera
del atrevimiento; aquella que...
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:
vacilas, tropiezas con tus sílabas,
y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría
que dijeras lo que otros callan,
que fueses veraz, indiscreta,
que te metieras en lo que no te importa,
que supieses murmurar como los ademanes
y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos
de los brazos cruzados.
Ni pasiva, pusilánime,
mirando las catástrofes
desde las galerías de tu olimpo
o los binoculares de tu musa.
No te quiero servil,

dándole por su lado a la derecha
que opone al ansia de avanzar
la dureza fanática del yunque,
o que, al son de sus gregorianos
rechinidos de dientes,
busca meterle zancadillas a la historia;
tampoco te deseo aplaudiendo
a la izquierda *moderna*,
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)
la izquierda que, peinada,
con las comillas de la sospecha,
mastica el bilingüe bocado de saliva
de la demagogia,
o que tiene siempre a mano
la disculpa mendaz con su perfume
de magnolia podrida,
ocultando sus traiciones
en los pequeños juegos de artificio
que organiza la astucia de la lengua
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra,
con la sensibilidad a piel de sueño;
y blandiendo un fusil bendecido por el don
de la buena puntería:
que donde pongas el ojo
pongas el epíteto corrosivo,
la denuncia,
el caos como primera piedra del empeño,
el semen de la aurora.

NUEVOS CONSEJOS A MI PLUMA

A Paco Ignacio Taibo II

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro del sistema y su compleja arquitectura de mentiras, de salir a la intemperie, ferocidad al hombro, a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los rosales

que, pobrecitos, no saben redondear sino sólo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz

de hacer que haya gatillos en tus frases,

gatillos que, orientados por la mira

del sapiente coraje,

sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos

con la deificación del ruido (en el estruendo)

que extraerá de las ruinas otro mundo

con las manchas de sangre

de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,

del Che Guevara, de Salvador Allende

o de tantos, tantísimos otros,

que levantaron en armas a sus muinas,

lo sepas hacer con las frases apropiadas,

justas, militantes, que seduzcan la atención

y le pongan hormigas al descuido

con palabras inventadas desde hace siglos

sólo para cumplir su cometido actual
de develar artilugios
y realizar una histórica masacre
de máscaras, disfraces, fingimientos
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,
como eres iletrada, tímida, ingenua,
y bastante torpe para hablar en público;
como tienes, reconócelo,
no sé qué debilidades por la retórica
y crees que la mejor manera de sorprender al público
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio
de tropos rutilantes
y subir el volúmen de lo pregonado
hasta la grandilocuencia,
te voy a tener que someter
a una fuerte y severa disciplina.

Durante mucho tiempo, pluma,
tu y yo, tomados de la mano,
asistiremos a marchas,
concentraciones y mítines.
Saludarás de corazón a las *adelitas*
y recogerás, para algunos de tus poemas,
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.
Yo te conduciré a las concentraciones para que
aprendas
a desgañitar la tinta;
que cargas en la garganta.

El viento me pertenece un poco

Te llevaré, para que no te enamores,
como Narciso,
de tí misma,
de lo que dices,
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,
de tu forma tan personal
de robarle parlamentos al silencio.
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la
gente,
para que sepas del calvario,
el vía crucis,
la crucifixión
de todo humilde miembro
de la especie.

Enrique González Rojo Arthur

Nace en 1928 en la Ciudad de México. Filósofo y poeta, que se ha concentrado en varios géneros de la creación literaria: ensayo, cuento, novela y poesía. De sus más de 40 libros publicados, la mayoría pertenecen a este género. La Universidad Nacional Autónoma de la Ciudad de México (UACM) editó su más reciente obra, bajo el título *En marcha hacia la concreción* (2008), y Versodestierro, su ensayo *Reflexiones sobre la poesía*. La misma universidad, en coedición con el H. Ayuntamiento de Ecatepec, publicó su poemario *Poeta en la ventana* (2008), en homenaje a sus 80 años. González Rojo fue, por más de treinta años, profesor de la UNAM en la Facultad de Filosofía y Letras, la UAM y la Universidad de Chapingo. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia, por su libro *El quintuple balar de mis sentidos* (1976).

Enrique González Rojo es uno de los pocos poetas que trabajan de forma independiente en México. Obras de su autoría: *Por los siglos de los siglos* (1981), *Las huestes de Heráclito* (1988), *Apolo Musagetá* (1989), *El Junco* (2000), *La cantata del árbol que camina* (2000), *Memorialia del sol* (2002), *Viejos* (2002) y *Reflexiones sobre la poesía* (2007).

www.enriquegonzalezrojo.com

ÍNDICE

Prólogo, de Andrés Cisneros de la Cruz.....	9
<i>De Para deletrear el infinito I (1972):</i>	
EL ENTIERRO DEL ÁNGEL CUSTODIO.....	13
EL PÉNDULO.....	19
NO ES POSIBLE ENTRAR DOS VECES EN EL MISMO RÍO	22
VIDA Y OBRA DEL ESPACIO.....	28
<i>De Para deletrear el infinito II (1985):</i>	
PREMAMUTARIO.....	30
HORMIGA Y APARTE	35
LA ALTERNATIVA.....	37
PREHISTORIA DEL PUÑO.....	38
LA CLASE OBRERA VA AL PARAÍSO.....	40
EN PIE DE LUCHA.....	42
EPIGRAMARIO.....	45
VA DE PASIÓN EN FONDO POR LAS CALLES.....	47
<i>De Para deletrear el infinito III (1988):</i>	
PROGRAMA DE VIDA.....	50
PREPARA YA LA CÁRCEL.....	53
EN LA ORDEN DEL DÍA.....	54
EL HEREJE.....	56
EL VIENTO ME PERTENECE UN POCO.....	61
PENÉLOPE.....	64
YO SIGO MI CAMINO.....	66
<i>De Para deletrear el infinito IV (1998):</i>	
ODA A LA GOMA DE BORRAR.....	68
CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL.....	70
EN EL MERCADO.....	74
DISCURSO DE JOSÉ REVUELTAS A LOS PERROS EN EL PARQUE HUNDIDO.....	76
INVITACIÓN.....	80
ANTESALA.....	81
EL POETA.....	83
A ORFEO SE LE ACABÓ UN DÍA EL TIEMPO.....	87
EN UN HOTEL.....	89
ESTE PUÑO SÍ SE VE	91

BALADA.....	92
EL REGRESO.....	94
ARS POÉTICA.....	96
EL DILUVIO. HOMENAJE A HEGEL.....	100
EPÍLOGO.....	101
CUANDO ADVIENE LA INCREDELIDAD.....	102
TRIÁNGULO.....	103
UNA COMPARACIÓN.....	104
VICENTE HUIDOBRO.....	106
LA OPERAMADA.....	107
METAFÍSICA URBANA.....	108
De <i>El junco</i> (1998):	
LA TORRE DE BABEL.....	113
HAREM DE ESPERPENTOS.....	118
LA HERMANA.....	127
De <i>La cantata del árbol que camina</i> (2000):	
CANTATA DEL ÁRBOL QUE CAMINA I Y II.....	136
De <i>Memorialia del sol</i> (2002):	
DEL BESO ROBADO Y OTRAS INIQUIDADES.....	145
MODELO.....	147
De <i>Viejos</i> (2002):	
ENVEJECIMIENTOS.....	150
De <i>Venus en el laberinto</i> (2005):	
FOTOGRAFÍA.....	152
De <i>Comedia Urbana</i> (2005):	
FINAL.....	156
De <i>Empédocles</i> (2006):	
EL SABIO DE AGRIGENTO I Y II	159
De <i>Poeta en la ventana</i> (2007):	
HUMILDE RECONOCIMIENTO A LOS DEMIURGOS.....	162
De <i>Galería de cuadros inexistentes</i> (2008):	
LA PRISA, DE REMEDIOS VARO.....	165
LA PERFECCIÓN, DE PIET MONDRIAN.....	166
De <i>Casa adentro</i> (2008):	
CONSEJOS A MI PLUMA.....	167
NUEVOS CONSEJOS A MI PLUMA.....	170